



VIENTO EN CONTRA

IA HARTDANA HARTDANA HARTDANA HARTDANA HARTDANA



Envidiaba a Leopold Bloom. Como una espina, que se le había clavado en las partes más blandas, más profundas del temple y el espíritu. Le envidiaba por su libertad. Por el tamaño de su vulva y sus pechos coloridos. Por su vientre inflamado.

Así que caminaba como él. Por los bares de la ciudad. Encontrándose con alguien en cada esquina, cruzando un diálogo que pronto se convertiría en una fantasía exótica sobre animales variopintos. Le adoraba. Le amaba como a algo suyo. Igual que el mar adora las olas. No le enterraba, ni en sus recuerdos, ni en su memoria. No se iba nunca. Como una sombra. Jugaba con su frialdad. Con sus ganas. Con las flamas arrancadas de su vientre, aunque no estuviera hinchado, aunque estuviera vacío. Carente. ¿Quién posee algo? Nadie lo tiene todo. O alguien

tiene lo que se le debe al resto. ¿Quién? ¿Quién lo tiene? No es Leopold Bloom, con un abrigo que nunca se puso, en una esquina en la que nunca se paró, sin resentimiento. Sin miedo. Sin tormentas aproximándose por el horizonte.

Algo cambió en su cabeza, como un giro rotundo. Así como el tiempo en el que la muela de juicio emerge, rompe la carne y se convierte en algo nuevo, una estructura, totalmente distinta a la anterior, pero siempre latente, siempre observando desde las profundidades. ¿Qué misterios acarrea el inconsciente colectivo de esta gente? ¿Cuántas tormentas? ¿Cuántos vacíos? ¿Cuántos no pedir perdón? ¿Cuántos fríos? Momentos retrógrados que se suceden a veces, uno tras otro, sin descanso. Sin parar, aunque tan solo por un segundo, para pedirle perdón a alguien, para llorar.

Hay otro día después de este. Brutalmente cierto. Brutalmente lejano. Que se abre como un paraguas roto, para dejar entrar los rayos del sol y las lágrimas del cielo. ¿Quién llora allá arriba? No es nadie. Una idea fija. Un sueño inventado. Un reflejo. Arriba, en el cielo, también es agua, se va moviendo, nos da una idea de quiénes somos, mientras admiramos la calma, con la que quien está vivo, regurgita en la tormenta.

Otra vez, un nuevo despertar, sin Leopold Bloom. ¿Quién está? ¿Quién abre las olas y controla la marea? ¿Dónde está? Aquel que fue privado de su libertad, como en las obras de Dostoievski. Aquel que no tuvo resurrecciones. Aquel cuyo mareo lo dio vuelta y lo convirtió en lo que siempre fue, en lo que siempre tuvo que haber sido: un buen pedazo de nada. Puedes caer, o abrir una puerta. ¿Qué es más fácil? ¿Qué te provoca menos sofoco? Como una idea muerta. Como las hojas cayendo en un verano sin sentido alguno. Recorriendo caminos sin tiempo, sin ánimos de miseria. ¿Dónde está? La barba. El esqueleto. Las manos. Los pies redondos de algún pueblo. ¿Dónde está? La marca que le dejó la historia en el cuello, entre las piernas, metida en el bolsillo. ¿Quién fue? ¿Quién es? ¿Dónde está ahora! ¿Por qué vías rapta, corre, huye, escapa, se eriza la piel? Debe haber sido Leopold Bloom en sus

caminos. Se olvidó de él. Lo dejó dormido, en algún otro rayo, en algún otro tiempo, bajo otras tormentas. Preso. Encadenado al espanto. Al horror de ser y no ser, al mismo tiempo, sin antagonías. Eso resuelve la cuestión. Yo también puedo inventar palabras, ¿lo ves? No por ser mujer, va a condenarme la Real Academia Española, ¿no es cierto? ¡¿No es cierto?! ¿Y Leopold Bloom? ¿Será otro preso político? ¿Un reo común? ¿Encadenado? Mecido con el viento de la injusticia. Triste. Dejándose corroer por las ratas que lo rodean. Muerto. Entumecido. Lejos de la paz. Aceitándole el lomo a alguien que no conoció nunca, que jamás vio, que no tuvo el placer de saludar y ni llamar por su nombre. Cocido. Amedrentado. Apartado de la sociedad como un toro enfurecido. Lejos. Suelto. Torcido. Sin varios tornillos. Sin otolitos en las cabeza. Ni

en las fosas nasales. Ni entre las aureolas de las orejas.

No se puede simular ser lo que somos. Al igual que una osa, no se introduce entre las nubes para cazar gorriones. Eso no existe. No existe el día de ser algo diferente. O eso pensaba. Hasta que poco a poco fue convirtiéndose en algo diferente. De manera soslayada, poco perceptible. Exactamente todo lo que creyó conocer. Todo lo que afirmó. Se convirtió en su contrario. ¡Quién hace eso! ¿Quién emerge con el día, y se sumerge con la noche? Sube, baja, sueña, todo en una misma estrofa. En la misma línea sucesiva de versos, indisimulados, entre multitudes de gente. ¿Quién camina entre las gentes? Individuos bondadosos que llegan a sus casas pidiendo comida, o guerra, o hambre de comida que se come con guerra. Soñando verdades

despiertas. Nadie entiende. Nadie vive. Nadie susurra palabras bellas, como en otros tiempos, en los que se enseñaba en la escuela a sonreír amablemente. O tal vez nunca. Tal vez nunca se sonrió de manera amable en ninguna parte. Ni en la escuela. Ni en la casa. Ni en los sitios apestados de gentes. Esas gentes. A veces buenas. A veces malas. Otra discusión resuelta. Tan despiertas. Susceptibles. Listas para emitir su opinión y un voto. Un voto nulo, blanco, que no se va para ningún candidato, que no llega nunca. Igual que el mañana que nos prometieron, cuando encerraron a Nico Piña tras las rejas. ¿Cuántos más? ¿Quiénes más? ¿Dónde más? ¿Tras qué paredes?

Una demolición necesaria clama cada ladrillo. Habla. Entre las grietas y las burbujas de aire acumuladas, incrustadas, centellantes, que

evitaron la materia y siguieron siendo aire. Aire. Aire caliente. Latente. Expectante. Aire que asciende y se vuelve multitudes harapientas. Gente sin rostros. Sin miserias. Sin zapatos que lustrar.

Salió de la ciudad, sin ser Leopold Bloom. Siendo siempre ella. Sin nombre. Sin aliento. Desterrada. Puesta a trabajar bajo el ombligo del mundo, en un lugar que no tiene nombre tampoco, que no aparece en el mapa. Apenas corre el tiempo, adulterada, encadenada. Sujeta del cuello. Con el viento en contra.

Se despertó vertiginosamente. Soñaba siempre con el mismo accidente. No creía en esas cosas, pero otra persona, una cualquiera, una común y corriente, hubiese dicho que se trataba de un recuerdo subyacente a alguna vida pasada. En algún lugar, en alguna época no determinada, ella sufrió un accidente. No fue un carro, un coche cualquiera, fue algo grande, grave, con precipicio incluido. Una caída libre de unos 100 metros de altura. Murió antes de poder llegar al piso, producto del impacto y la impresión. Claro que ella no sabía, ni recordaba nada de eso. Tampoco creía, siquiera. Para ella el presente era un lugar en el cual habitar el hoy, sin mañanas, sin pasados sofocantes. Buscaba la calma. Y se acostaba. Esperando encontrarla. Y sin embargo el sueño, enemigo traicionero, la traía de vuelta, a la caída, a la altura. Al abrir los ojos se llenó de vértigo. La consumió de repente, en un solo golpe. El mundo

comenzó a girar sobre su cabeza, sin pausa. Comió olas que quieren sumergirte hasta lo más hondo del mar, hacia lo profundo. Trató de pisar el suelo y no pudo. Cayó, con la boca abierta, llena de vómito. Pasó los siguientes minutos tratando de entender. No estaba hecha para las tragedias. Agarró los pedazos de su cuerpo descascarado y caminó arrastrando las piernas hasta el baño, que también giraba alrededor.

Llamó a la Urgencia y terminó sobre una camilla, frente una doctora embarazada, que le dijo habría que reacomodar los otolitos. Una especie de arenilla, que se salió de su sitio, justo entre el oído medio y el cerebro. Sí, una arenilla, que convirtió su cuerpo en un reloj de arena. Le practicó una maniobra que la puso de cabeza durante dos minutos, luego la volteó otros dos minutos, igual que las papas en una freidora. Después dos

minutos hacia abajo y magia. Los otolitos sueltos vuelven a su sitio en un golpe de efecto. Sin medicamentos. Sin operaciones. Sin cerebros extirpados y puestos sobre la mesa. Sin aberturas que no pueden cerrarse verdaderamente nunca, iguales a las de un parto. Un reloj de arena, guardiana del tiempo, la noche y el día, el movimiento involuntario de las estrellas, las sonatas, las sinfonías, los caminos de las aguas, las gloria de los navegantes, el acecho de las bestias. Tiempo. Arenas. Volcada sobre los oídos. Volviendo a su lugar. Queriendo, recuperar su sitio bajo las estrellas.

No tuvo muchos reparos al recordar, las viejas historias que le contaba su abuela, y su tía materna. Se la pasaba yendo y viniendo entre esas historias, que flotaban en el aire como el humo de un cigarro. No es que fuera melancólica, nostálgica o estuviera atrapada en un pasado. Es que el pasado le daba vueltas, igual que el vértigo. Era la cosa nuestra. Del ser latinoamericano. Un asunto propio del cono sur. Gente que no puede olvidar.

Se hace difícil olvidar cuando la basura está en la puerta. Pudriéndose bajo los rayos del sol. Haciendo brotar un ruido, que se humedece con la tierra. El grito. De lo que no tiene voz. De lo que calla.

Ya no ponía atención, a qué recuerdo era verdad y qué recuerdo una mentira. Los dejaba distorsionarse. Sin preguntarse si serán. Si fueron.

Si cambiaron y se alteraron para siempre. Los dejaba brotar, fluir, trastornarse. Y se trastornaba con ellos. En la arena del tiempo. ¿Quién estaba allí todavía? ¿Cuál de todos esos seres mitológicos de su infancia, se sentaba aún en su mesa? La vida en sus defectos. En sus abandonos llenos de besos. Promesas vacías. Corazones rotos. El cliché de caminar siempre sobre la misma tierra, el mismo pasto seco. La misma desesperanza. La misma des-fuerza.

Pide un deseo. Algo nuevo. Algo que no se haya visto nunca. Algo verde. Y rojo. Y negro. Pide el deseo y se le cumple. Después le ataca. Si pide unicornios, se transforman en dragones variopintos que atacan por las piernas, justo allá por lo bajo, en los tobillos del mundo. ¿Y si pide otro deseo? Algo diferente. Algo que no pase. Que no cambie. Que no quede. ¿Y si pide que todo

permanezca tal y como está? ¡Qué tragedia! Qué tragedia que no muera, que no caiga, que no quiera. ¿Y si le pide permiso, a la historia, para cambiar? ¿Y si no le pide permiso a nada, ni a nadie? Y va, avanza, arrasa, devora, tira, echa, barre... Barre y sigue barriendo.

Es la imagen de su abuela, la que se le presenta siempre. Con los dientes hacia afuera y la mirada sapucay. Los intereses mezclados de quien necesita y evade por igual. Y su tía, siempre al lado, como en una postal. ¿Se parecerá algo a ellas? En la tez. El rostro periférico. Las antenas dadas vuelta. La pasión por mal hablar y vivir en las tinieblas. Oscuras. En el abismo humano.

¿Cuántas vidas rotas más, viven allí? Duras. Crudas. Mudas. Tendiéndose la mano. Destronadas. Desterradas. Nauseabundas. Viviendo del mareo. Consumiendo los gritos. No

es tragedia, hablar siempre de muertos. Es la naturaleza humana, tan propensa a lo infinito, al canal, a la grieta.

No le gusta verse en el espejo. Tiene ese miedo tan profundo de parecerseles. Cada día con más vehemencia. Acrecentando los rasgos de la psiquis marcadas en el rostro. Las patologías congénitas. Los baches del cerebelo. ¿Hay alguien más allí? Doblando por las callejuelas de las circunvoluciones del cerebro. Enredándose en materia gris. ¿Hay alguien más que quiera venir, a consumir certezas?

A menudo quiere llamarle. Solo piensa en el teléfono, como cualquier ser de los `90. Suena en su cabeza mientras tiende la cama en su pieza. Suena en su cabeza mientras se baña. O hace la comida. O mueve las piernas en la avenida, siguiendo sus propias huellas. Quiere llamarle.

Pero no tiene el número, ni la época. No sabe digitalizar la vida. No le encuentra tras el dos, tres, seis, cuatro y nueve. No está. Envuelto entre sus sábanas.

Descarte. Estaciones. La mugre pegada en la oscuridad. El hecho de no poder terminar nunca de limpiar los rincones. Cada araña. Cada red. Que teje mientras nadie puede verla. Es cuestión de amanecer y encontrársela, siempre en el mismo sitio, volviendo, recuperando sus dominios en lo más siniestro de la noche. Las migas. Migajas de espejos rotos que tiran los gobernantes, para que la recojan de penas. Tristezas absolutas que se desparraman por el suelo, como esas migajas. Mijas. Pedazos de cemento. Huellas de lo que alguien dejó. De lo que quedó. Sin que pudiera verlas, oírlas o sentirlas. Ella desparramada por el suelo. Tras las huellas. Esperando.

¿De dónde salieron todos los tormentos? Los espantos. Los ojos rojos. Aquellas leyendas urbanas, las historias que se cuentan entre

fogones, usando tonos raros y miradas desorbitadas. ¡Sapucaí`s! ¿De dónde salieron las palabras, inventadas a veces, llenas de defectos? Palabras secretas que no se le pueden decir a nadie, porque nadie entendería. Nadie juzgaría acertadamente. Solo en las formas y nunca en el contenido. Jamás en el contenido. Porque la esencia es también un asunto de los ricos y poderosos. ¿Quién se roba la sustancia de las cosas? Y las convierte en una repetición sin fin. En una farsa. En la verdadera tragedia. El éxodo de las flores. Se marchitan las abejas.

Desechos. Desechos tóxicos de todo lo que tocan. De todo lo que fueron. Repitiendo, siempre, las palabras, una y otra vez. Como en un ciclo menstrual. Siendo la suma módica de los factores, atenuados por el sol. E inyectados por las sombras. ¡Sapucaí`s de colores!

Nadie entendería las palabras. Se usan tanto. Tan a menudo. Tanto se repiten, que ya no dicen nada. Parafrasean. No hay llamados privados de libertad, ni hay teléfonos que suenen tras las rejas. Ella no tiene que hacer nada. Ni ser la heroína, ni asesinar curas a mano armada, ni volar entre leones. Ni robar los vultos para tener un poco más de movimiento en los bolsillos. La libertad a veces es un punto quieto. Una esquina. Una pared. Una ráfaga del viento. No siempre en contra.

En algún punto aprendió a decidir. Dejó de imponérsele la vida, el estilo de vida de los demás, las vueltas, los enredos, las rutinas. Empezó a pensar por sí misma, a ponerle límites al todo y a las partes. A ponerse límites a sí misma. A cuidar del impulso, disciplinarlo. ¿Es eso posible? Que el yo mediador sea tan fuerte, que logre reventar la

burbuja del súper-yo inflamado y cautivarla a ella, para que se centre, se estructure, mínimamente, se oriente. Igual que un partido cuyos jugadores cumplen a la perfección con su papel y no hay cracks ni figuras estrellantes. Calma. Límites. Equilibrio. Decidir. Con qué pensamientos quedarse y cuáles combatir. Decidir. A quién querer. A quién amar y cómo. Decidir. Sobrepasando las garrochas ardiendo de la determinación. Superando las barreras. Aprendió a no ser, ni como su tía. Ni como su abuela. Ni siquiera como ella misma. Ni como el ello de Freud. Ella. La protagonista inconsciente de su propia novela: Ella.

Se llenó de ansiedad. ¿Es la ansiedad una locomotora? La locomotora indomable que posibilita el avance de los cerebros. Ansiedad, divino tesoro. La dejó moverse por los huesos, masacrando la carne, cruzándola con miedos. La dejó mecerla. Cambiar su cuerpo, llenándola con pan y otros sortilegios. Se sentó triste, a orillas de la cama, y por un segundo se quedó sin recuerdos. Por un momento, un solo momento, no fue nadie en el pasado, ni nada que se le asemeje a algún presente. Se miró los dedos, no había advertido los cambios, los nuevos surcos. La manera en la que esa piel sobrante de las uñas, terminó por encogerse. Pasaría el resto de su vida, sin cutícula. ¡Sin cutícula! Como sin tantas otras cosas. Al margen. Resolviendo los acertijos. Comiéndose las sobras de lo que no quiso alguien. ¿Y si ella fuera ese alguien? Tan estremecida. Tan dormida. Tan inocente. ¿Y si

ella fuera, todo lo contrario de lo que se espera? Le picaba la frente, con una intensidad neurótica. Mientras las sábanas se secaban en la soga. Masticaba nervios. No es necesario que hagas nada por hoy, querida. Ya ha sido suficiente. Llegaste al extremo limpio del que se pasó del camino. Cruzó de largo, dos, tres, diez semáforos y se sentó, perdida en cualquier parte. Ya es suficiente. Por ahora. Descansa de los autos, de sus luces, de la manera reprochante que tienen los peatones de tocar las bocinas que no poseen. Darle un sentido. A los pasos hacia atrás. A las gotas cayendo desde abajo hacia arriba. A los pasos en el techo. Darle un sentido. A las frases nunca dichas. A las ideas destellantes en las cabezas. Al dolor que dejó su partida. Y la cárcel. Barrotes de la miseria. Al dolor en el abdomen. Darle vueltas. Patear la mesa con el tablero. Desapretar los tornillos. Darle vuelta. Y otra vuelta.

Y otra vuelta más, como un mareo. Sufriendo dolores de cabeza por tanta pantalla. Sin entender. Sin interpretar. Queriendo buscar la realidad de lo que somos en una botella, por cierto vacía. Melancólica. Repleta de ruinas. ¿Dónde quedó el lamento de lo no dicho? ¿De lo no muerto? ¿De lo nunca ido? Si cada suspiro es un desierto.

No hay calles que me lleven hacia donde estás. Por eso no he ido. Supongo no habrá calles que te permitan volver, por eso no has venido. ¿Y ahora quién nos encuentra? Si los teléfonos no llaman. Si las palabras no entienden que les hablas. Sentada en su cama, sin sábanas, empapó sus manos de ansiedad, callada. Sintió un ruido, que crujía en su cabeza. Dos. Tres veces, sintió el mismo sonido. Algo se abría por dentro, mucho más que una grieta. Se moldeaban

nuevas estructuras, nuevas herramientas. Lo psíquico se volvía físico. Y lo físico se abría paso, entre crujido y crujido. Era ella. Volviéndose tan física como era posible. Tan real.

La noticia de la muerte de su amiga Almendra, llegó a sus oídos antes que a los de nadie más. No pudo preguntar cómo se quitó la vida, solo pudo hablar con otras personas disidentes, sobrevivientes de la violencia por parte del estado, privada de su libertad durante el estallido, condenada a una causa sin justicia – aparentemente-. En cuanto lo supo, su cuerpo se comenzó a brotar. Psicomatizaba todo. Lo que podía y lo que no podía. Lo que estaba de bien y lo que estaba de mal. El cuerpo siempre fue el lenguaje de quienes sufren.

Ayer, estaba con ella, pasando el tiempo, tras estaciones de trenes vacías, y ahora, estaba sola. Sin su sonrisa. Sin su pañuelo verde. Y entonces pensó en las decisiones que no se deciden. Que se toman, pero en realidad no se quieren, se obligan. En las decisiones obligadas. Empujadas.

Purgatorias. Pensó en todas esas decisiones y le dio miedo, pánico, como una estafa telefónica. Cuando El ladrón te llama y te hace creer que el mundo tiene un color diferente, que hay que seguirle los pasos. Te lleva. Al abismo de la derrota moral. Al cielo de la desdicha. ¿Cuántos pasos hay que caminar para salir de toda esta miseria? Esta enorme máquina que da vueltas sin parar, una realidad con hongos que no se cura con bendiciones. ¿Cuántos días tienen que pasar para que la realidad cambie, se altere, se modifique, al fin, más allá de gestiones administrativas? Más robots. Menos robots. Más inteligencias. Menos inteligencias. Parece que cambia, pero sigue siendo la misma caja vacía.

¿A dónde van? ¡Quiénes no están! ¿Quiénes se han ido? Quienes no han vuelto cuando debían. ¿Qué sabe el mar? Almendra y las decisiones que

no se toman. O que se toman atadas. O que se toman de cabeza. Colgadas de sogas que bailan. Jamás decidiría irme. Me quedo a resistir. Con los ojitos cansados y las manos llenas de penas. Recogiendo las cenizas del pasado, sin preguntar, sin contestar, sin emitir comentario. Dispuesta a desenredar el tejido soso de las guerras que nos legaron. Me quedo a combatir. Como ella. Siempre resistente. Flotando por el impulso.

Se puso a pensar. A recordar las manos. Los sueños. Las palabras que se dijeron al pasar. Se puso a rezar. Aunque en realidad no creía en Dioses. Solo por las dudas. Solo por si tal vez, en algún lugar, Nadie podía derrocar a Dios. Caían tantas bombas sobre Gaza, que sus pensamientos no dejaban de cruzarse con los gritos. Y los gritos con las ideas. Sin barbijos, sobre las calles de la ciudad, la pandemia había

terminado. Y aun así anunciaban nuevas. La del mono. La del gorila. La de las papas fritas. La de tomar mucha bebida. La de la vaca loca. La liebre. El garbanzo asesino. Las vacaciones que no llegan. Las primaveras que sofocan. Los soles rotos. ¡Se rompió el sol! Nueva pandemia. ¡Se extravió la luna! ¡Se perdió el compromiso! Intachables, tachables.

Se enjuaga las manos. Igual que Sylvia Plath. De izquierda a derecha. Luego de derecha a izquierda. Y vuelta a empezar. Es un ritual. Su cara en el espejo le recuerda a ella. A la ella de la ella. Siempre dispuesta a clavar el puñal. Y es que tal vez de tanto leerla, se la incorpora. Como un nutriente o un mineral. ¿De tanto comer hierro, tengo hierro en el cuerpo? De tanta sal, tengo sal. De tanta azúcar, tanta diabetes. De tanto vino, tanta cirrosis. De tanto sedimento, tanta roca en el riñón. De tanta roca en la nariz, tanta sinusitis. De tanta Pizarnik, tantas tristezas, tantas soledades, tantas caras muertas. Muecas. Destellos desaparecidos. Ruines. ¿Qué consumes para ser quién eres? ¿Cuántas series? ¿Cuántos días de verano? ¿Cuántas selvas? Golondrinas que sobrevuelan sin verte. ¿Cuántos sueños, abandonados en la almohada, te han vuelto la persona que eres? ¿Cuántos revoloteos, días

pasados, horas, minutos, segundos, huellas, palmas? Te vuelves lo que lees. Lo que dices. Lo que sueñas. Lo que hueles. Las ojeras y las ruinas. Los pánicos.

No le puso atención a los ruidos. No quiso ser como esas gentes, irritables. Dejó que pasaran, que fluyeran, que se mantuvieran de fondo y no se adelantaran hasta lo más alto del escenario. Les puso silencio en su propia cabeza. Porque quizás la genialidad subyace en poder hacer ese ejercicio. El de la paciencia. Saber esperar por el futuro. Saber esperar por el pasado, que no llega sino en otra cosa que balances nefastos. Saber dormir. Saber comer. Saber hacer un esfuerzo proporcional con el descanso. ¿Cuánto se nos dice que a todo esfuerzo, sucede una recompensa? ¡A todo esfuerzo, sucede un descanso! Esa debería ser la regla... Pero claro,

¡capitalismo! La fobia a estar sin movimiento, por un momento, aunque tan solo sea, por no producir riquezas, la ganancia para la ganancia de la ganancia. Plusvalías. Bolsillos llenos de trabajo ajeno. Esfuerzo y descanso. Descanso y esfuerzo. En porciones iguales. Nada de recompensas. Ni cielos, ni paraísos, ni pajarillos de colores.

Tiene un escritorio de pared a pared. En ocasiones solo se sienta, con los dos codos sobre la madera. Si tiene que comer, come. Si tiene que leer, lee. Si tiene que revisar algún cable, o cambiar la pila de algún control remoto, se apoya en él, de pared a pared, blanco fulminante, manchado por doquier. Tiene manchas y rayones, fracturas. Gotas. Grasas. Marcas del té. Formar redondas simétricas perfectas, que proyectan el café como si fuera una obra de arte. Lápices envueltos en el polvillo. Hojas sueltas y hojas

sujetas. Clips. Tijeras. Trozos de tela. Témperas. Pinceles. Tubos de tinta. Y todo lo que haga hacer a su creatividad una diva. Y una lámpara azul, que no deja caer la luz, hasta más allá de las piernas. Le gusta estar allí. Le queda casi a los pies de la cama, en la que se sienta, apoyando los codos, sobre la madre blanca. Cuando sintió el vértigo puso sus dos manos sobre la mesa, pero eso no lo detuvo.

Algo se salió de control. Tocó a la puerta, no tres veces, como lo haría cualquiera en su sitio, sino diez, quince veces. Una tras otra. Desafortadamente. ¿Quién sería? Al quinto toquido se escuchó más fuerte. Iba in creyendo. Hacía tiritar las paredes, como si fueran de plástico o cartón corrugado. Parecía fuerte. Brazos fuertes. Palmas fuertes. Gruesas. Parecía intenso. Se percibía un olor a humo y a hierba. Los nudillos salidos contra la madera de la puerta.

Cuando ella abrió, le vio de pie. Le envolvía una musculosa azul, sobre los hombros, abrazándole por las caderas. Tan entallada, que las marcas de sus huesos se notaban entre los pliegues de la tela. El olor a humo se incrementó al abrir la puerta. Ella sonreía, entre encantada y abyecta. Un cinturón, imitando el cuero negro y en el frente, una hebilla de bronce como las que se ocupaban

antes. Zapatos con la punta de los dedos hacia afuera, para dejar entrar el sol a las uñas. Y un jean, semi ajustado, resaltando las partes más favorables.

Le hizo pasar y sentarse en la cama, su lugar favorito de la casa, justo frente al escritorio de pared a pared, en su sitio para el mareo. Le sirvió un té, caliente, con hojas verdes y trató de no hablarle de nada. Quería verle. Sentirle. Tocarle. No esperó a que se enfriara. No le importó si tenía sed. Se sentó sobre sus piernas, y con la punta de los dedos, recorrió la piel, suave, de sus brazos, hasta llegar al borde de una musculosa que se entumeció de placer. Dejó que se sintiera, adentro, cómo las escamas se iban cayendo y las escaras de su cuerpo, se empobrecían. Dejó caer, lentamente, el bretel de su polera, hasta que la emoción se apoderó de su pecho.

¿Quién iba a decir que Libido tocaría tantas veces a la puerta? Que no podía esperarse un poco. Ni intentarlo tres veces, como el común de las personas mortales. Sabía lo que quería y sabía a lo que venía. Como un interés encubierto, que no está ni bien, ni mal, llega. Como un impulso. Un brote. Que sedimenta raíces. Envuelve cielos con flores.

Alcanzó a abrazarle por un rato, tan largo como pudo. Jugaba con el cabello, sobresaliendo en las partes donde no se debe. Sabía que tenía que pedirle que se fuera, para continuar con su vida, con sus cosas, con su rutina diaria. No podía vivir en la cama, encadenada al amor. Tenía que romper. Puede que peor que oír voces, sea este silencio. Tan callado. Tan calmo. Tan lleno de historias, exigiendo contarse. Recuerdos dramáticos de torturas, exhumaciones, cuerpos

en el desierto, mares absorbentes. Lo que no se va nunca es el pasado injusto. Tenía que pedirle que se fuera, y lo hizo con su voz más dulce, con la voz que dice que es un día nuevo, y que es necesario seguir adelante, tratándose bien, también a sí misma.

La despertó el impulso de muerte. Como si se le hubiese metido en los zapatos. Una ansiedad, no tan positiva. Se sentó sobre el mismo exacto sitio de la cama de siempre, poniendo sus dos pies sobre el suelo y esta vez no sintió mareo. Esta vez sintió lo contrario del deseo. El impulso antagónico. La canalización poco indicada de las cosas. Se elevó del suelo pensando. Pero no pudo sacar conclusión alguna.

Recordó la historia de una madre, en medio del desierto, que tenía que ocupar un velo para atender a su propio hijo, pues este solía exaltarse por la fealdad de su rostro. Obligándole a tapárselo, para servirle la cena. ¿Qué clase de monstruo ve lo siniestro en el rostro de su propia madre paridora? ¿Qué obscena opresión lo manda a dormir por las noches?

Habrá que cuidar de alguna tradición, de alguna otra cultura, de alguna serie de normas, para no sentirse tan lejos, tan solitaria. Habrá que mecer las ruinas, para que no parezca que no hacemos nada. Cantarle, al ruiseñor de las derrotas, para ver si se apiada de nuestras historias, para que nos de un poco de agua. No se pudo poner de pie, porque esta vez no quiso. Le pareció demasiado intenso el día, así que empezó por rendirse. Cerrar los ojos, antes de poder abrirlos. Seguir durmiendo, cuando la ciudad se despierta.

Tenía que trabajar también, en uno de esos de cientos de trabajos esporádicos que hace la gente. Sin darle importancia alguna, sin que se vuelva una presencia significativa en su vida. Nada por pasión, nada por afilar las perspectivas. Pero el vértigo le había dado una licencia, y la licencia le había dado un tiempo más, para hundir el colchón.

Era la portera del edificio de la civilización humana. Un oficio muy loable, repleto de las intrigas de quienes arriendan, compran y venden los departamentos de la sociedad. En el 141 vivía Leopold Bloom, lo conoció allí, bajando por las escaleras una tarde en la que se cortó la luz. Evitando hablar con la gente, hasta no sentirse un poco más elegante, más elevado. O quizás solo imaginó su presencia, como en el campo por las noches, se imaginan los fantasmas. ¿Será que ya habrán pasado los tiempos modernos? La hora de las oportunidades, de los estrenos. Será que solo quedan cenizas. Vidrios muertos. ¿Habrà algo nuevo que temer? Nuevas películas. Nuevas ideas. Nuevas viejas ruinas. Nuevos escàndalos. Pasacalles. Terrazas. Vírgenes. Monjes. Escaleras. Plegarias. Sitios infestados de gente. Pulmones. Plumones. Días de descarte. Sitios a los que no asistir.

Se desnuda para verse, para asegurarse de que todas sus partes siguen allí, en su respectivo sitio. Se palpa las extremidades. Está dispuesta a darse un nombre para sí misma, un nombre de estrella, pero deja ese asunto para más adelante, y vuelve a hundirse en su sitio, esperando que el tren de la vida, no pase sobre sus huesos, otra vez. Adelantándose a todo, previéndolo todo.

De pronto, alguien más se sentó en la cama, el castigador, el innombrable. Y empezó a exclamar: ¡Haz esto! ¡Haz aquello! Levanta los retazos rotos de ti misma y ponte a andar. Échale sal a tus heridas. Aprende algún idioma extranjero. Inglés o alemán, como quería Sylvia Plath. Escribe como ella cuando tenía diecinueve. Cumple con tus tareas. Adelante labores. ¿Por qué dejar para mañana lo que puedes hacer hoy? ¿Lavaste los platos? ¿Qué es esto, todo asqueroso? La cocina está asquerosa. El baño está espantoso. Las manchas sobre las paredes blancas, hechas del polvo y el paso del tiempo. Los delantales agrietados. ¡Deberías poder comprar cosas simples, como un paño de cocina, y no tener esa mugre, colgando de un tornillo en la pared! ¿Qué pasa con tu ropa? ¿Por qué no la lavas? ¿Por qué sigues usando esa polera que te hace ver tan adolescente? ¿No te están entrando los

pantalones? Antes te quedaban holgados, sueltos, y ahora te aprietan. El colon te cruje. Deberías estar haciendo los treinta minutos de bicicleta que dijiste que ibas a hacer, antes de que te diera el vértigo. ¿Qué son esos granos? ¿A esta edad? ¿Granos? Como un adolescente. Deberías tener el cutis bello, suave, precioso. Y no esas ojeras. Castigador. Deberías estar haciendo algo con tu vida. Algo importante. A tu edad Lenin ya se había tomado el poder. ¡Deberías haberlo superado! ¿Por qué no has superado a Lenin, y a Shakespeare, y a Borges, y a Atahualpa Yupanqui. ¿Por qué no cantas mejor que él? ¿Por qué no se te ocurrió lo de engrasar las ruedas de la carreta? Deberías estar charlando con Joyce en un café. ¿Dónde está la cena? ¿Por qué no se parece a los programas de la tele? ¿Qué pasó con mi café? ¿Este café tomas? ¿Y la buena salud? ¡Esto no hace bien a la salud! ¡Tiene mucha

azúcar! Tanta azúcar, a la mañana, a la tarde y a la noche. Azúcar en el café. Azúcar en el té. Azúcar en esas galletas que comes. ¡No deberías estar comiendo esas galletas! Ni saliendo a la calle en esas pintas, casi de pijama, con el cabello siempre sujeto, atado, complejo. ¿No deberías tener el pelo suelto? ¿No deberías ser libre con tu pelo? ¿Y qué pasa con lo que lees? ¿Qué leíste hoy? ¿Has leído algo hoy? No deberías pasar un solo día sin aportar en algo, ni un solo segundo, ni un solo pestañeo. ¿Qué estás haciendo? ¡Hundiendo el colchón! Aprovechando tu licencia, ¿para qué? ¿¡para descansar?! Deberías estar aprovechando tu licencia para limpiar la casa. Lavar las sábanas, la funda de las cobijas, los almohadones, las cortinas. ¡Esas cortinas sucias! Castigador. El innombrable. El que se sienta, golpea con todas sus fuerzas, haciendo uso de todo su rigor y después, simplemente, se retira, sin

que nadie lo haya llamado, sin que nadie lo eche. Deberías estar siendo alguien respetable, destacada, renombrada, venerada, saludada, acompañada, amada. Deberías estar siendo amada. ¿Estás siendo amada?

Con la punta de los pies, tocó una pila de periódicos viejos. Ya estaban amarillos, borrados con el implacable paso del tiempo. Las fotografías, algunas vez vivas, estaban cada vez más manchadas, con rostros añejados, fundiéndose con la tinta. Algún gato, había orinado alguna vez, sobre alguna parte de esa pila, así que una aureola olorosa, todavía seguía exudando mal sabor. Sintió cómo las esquinas de las hojas, se descascaraban con el roce, y decidió tomar uno de ellos entre sus manos y lo abrió. Adentro se impuso el rostro de alguien, cuyo nombre había borrado la historia, liquidado en el sudor de la lucha. ¿Cuántos hubo? ¿Cuántas personas? Borradas. Desaparecidas. Fulminadas. Condenadas al olvido. Rostros que día tras día, segundo tras segundo, dedicaron su vida a una causa, y fueron olvidados, corroídos.

Hubiera querido recaudarlos a todos. Juntarlos en una caja. Ponerle cemento a sus nombres, para que ni el viento más fuerte se los pueda llevar. Pero el tiempo la iba marchitando a ella también. Se la iba llevando. Iba borrando, implacable, todo lo que se le anteponía al paso, igual que un huracán, arrasa con las construcciones humanas más infalibles. Qué desdicha. Cuánta nostalgia. Encerrada en esos papeles que alguna vez estuvieron en manos vencedoras. Llenas de triunfos. Con olor a futuros abiertos. Alguna vez, alguien, en su casa, en su fábrica, en su taller, abrió esos pliegues al viento y creyó, con toda la fuerza de su vida, que era posible. Tanta fue la fuerza, que esa fuerza se transmitió en esos papeles. No hay derrotas. Son solo ilusiones de fracasos. Todo es una acumulación de piedras, una sobre otra, ya ha sido dicho, con o sin

renombre. Estén o no estén consideradas en una escritura en la pared, siguen siendo necesarias.

No hay muchas posibilidades. ¿O sí? Tal vez haya más de las que aparece a simple vista. Más porvenir. Más horizontes. Ideas nuevas que se montan sobre fervientes olas, que nacen revueltas. Días borrados de gris, repletos de pájaros que cantan sin miedo a batir sus alas. Cuando no se necesiten más todos esos periódicos viejos, y las letras, puedan gozar libres de transformarse en otras cosas, otros aspectos, otras verdades, otros colores. ¿De qué color es el porvenir? ¿A qué huele el futuro?

Estira los pies y sigue tocando las puntas, que van cayendo sobre la alfombra, sin que ella pareciera estar preocupada. ¿Qué más podría romperse? Irse. Extinguirse. Habrá un buen día para digitalizar, palabra por palabra, por el arte de

saber si lo dicho calza y coincide con lo que hay que decir hoy, para ver si las predicciones de futuro se cumplieron, y si las esperanzas que podemos llegar a desarrollar en la actualidad, son vanas o tienen sentidos enteros, completos, absolutos o abstractos. Para saber si seguir es el camino correcto, o es mejor detenerse, para ver la marea, para ver las olas actuar, arrasar con lo que se construyó sobre la costa, marchar sobre una arena, construida de piedras.

Empezó a llover. No afuera. Adentro. Empezó a llover con rayos y truenos. Cayó una lágrima, tras la otra. La ciudad empañaba el vidrio. Estaba tan cansada de sentirse así a pesar de su voluntad. La presión del afuera, queriendo explotar su cabeza, como si la tuviera metida dentro de una prensa, que constantemente ejerce su fuerza, en los costados, atrás, desde arriba.

Hacía todo lo posible por evadir esa tristeza. Evadirla en el buen sentido, sacársela, romperla. Había roto muchas cosas. Como ese vaso que le estalló en la mano una tarde en la que andaba cargada. O esos platos, que para no lavar, tiraba al suelo. Romper la tristeza. Ahogarla en el propio llanto. ¿Y si la ahogan primero sus lágrimas? ¿Cuántas pueden caer? Pueden, inundar por ejemplo, la habitación aquella. Comenzar primero, mojando apenas la alfombra, y subir después,

hasta dos dedos por encima de las patas de los muebles, luego más y más, hasta llegarle a las rodillas. ¿Tendría que poner en la puerta, algo para evitar el rebalse? Una de esas compuertas metálicas que hay en las ciudades que se inundan, y que es necesario saltar, cada vez que se llega a una casa. ¿Sacos de arena? Toneladas de sacos de arena, todos alrededor de la pieza, para que sus ojos no sulfuren. Para que no la dejen hundida.

Nada de eso sucedió. Las lágrimas solo ocuparon una pequeña parte del espacio de su rostro y terminaron evaporándose solas hacia la zona de la pera. Y la angustia pasó. Se fue tan rápido como había venido. Tal vez el secreto sea ese, esperar, aprender que las emociones humanas son montañas, por las que hay que transitar, necesariamente. Buscar los bordes, los caminos

lo menos empujado posibles, pero que tarde o temprano, igual, van a tener momentos escabrosos. Llorar. Como el clima. ¿Por qué el cielo no tiene acusaciones de bipolar? El cielo llora y puede llegar a brotar el sol, tan solo cinco minutos después de que parara. ¿Por qué no se le acusa? ¿Por qué no se le apunta con el dedo, y se le tacha de inestable? ¡Se le obliga a permanecer en un psiquiátrico por la fuerza, y solo se le suelta cuando no tiene variaciones! Cuando está siempre, siempre, pero siempre, medianamente nublado, o medianamente soleado. Nada es medianamente en la naturaleza. Los colores, los venenos. Las arañas. Las ranas gigantes. Las verrugas, situaciones extremas del cuerpo, que no saben nada de regularse y siguen creciendo, y creciendo, hasta con pelos. El asunto de las emociones no es que nazcan equilibradas. El asunto es aprender a gestionarlas. Poder

gestionarlas. Y eso no se enseña en las escuelas. No es una materia obligatoria como lenguaje o matemática. Pero es algo que se dice mucho, de otras maneras, a veces llueve, pero se sabe que siempre para. Dejará de llover, también, adentro. Y el sol, entibiará los rincones en los que tuviste que esconderte. Y te hará crecer, como una semilla, hasta romper el pavimento.

El estómago se le vació. Parecía un hueco, en el que podían caber todas sus miserias. Sintió el hambre, no solo en su manifestación física, un retorcijón en la panza, que le apretó hasta los huesos. Lo sintió en la cabeza, hambre, necesidad, voracidad. No tenía mucho con qué satisfacerse. ¿Qué comer? Es la gran pregunta que se hace generación tras generación. ¿Qué tal un zapallo relleno, con queso gratinado, tan dorado como fuese posible? ¿Qué tal la comida rápida? Felicidad garantizada tras cajitas rojas con una sonrisa amarilla. ¿Qué tal no saber de dónde viene el alimento? ¿Qué es esa carne, roja, negra, amarronada, que no se parece a nada en la naturaleza, y que tiene un sabor totalmente sintético y clasificado? ¿Qué tal las bebidas tan tóxicas, que revientan parabrisas y limpian objetos metálicos? ¿Qué tal algunas papas fritas, para que circulen por el organismo y queden atrapadas

entre las vértebras. ¿Un poco de queso rallado, usando huesos y médulas? ¿El chicle de un árbol? Animales. Serpientes. Langostas. Gusanos. Hormigas. ¡Hormigas! ¿Qué tal un poco de complejo de pica, para llenarse la panza? ¿Tierra? ¡Tierra fresca! ¡Al por mayor! Gran trastorno propio de la sociedad que divide parcelas. ¿Tomates modificados genéticamente para mejor sabor, para más placer? Huertas de neopren y de fosfato. ¿Qué tal un poco de fordismo enlatado?

Tiene hambre y no sabe cómo llenarse, no sabe cómo sentirse satisfecha. Todo a su alrededor le invade, le espanta. ¿Noticias por la prensa? ¿Recitales por televisión? ¿Los ñoquis que prepara alguien en un buen programa de cocina? El estofado de virus que legó la pandemia. ¿Miedo? ¿Catástrofes? ¿Qué tal desayunar miedo y almorzar espanto? Dejar para la cena el

tormento. ¡No ingerir paranoias antes de las 12!
¿Alguna fobia por el futuro? ¿Días perdidos?
¿Recuerdos muertos? Las imágenes creadas en
la infancia y algunos años posteriores, de cómo
sería el presente. Todo lo que no fue, en un
sanguichito. Los deseos reprimidos. Las
alucinaciones propias del deseo. Las ilusiones
apanadas. Productos empaquetados que se
venden sin bolsa, pero embolsados. Salchichas
con piernas y orejas, y pelos y ácaros y las
semillas de algún sin Dios. La hora del taylorismo
en la mesa. ¿A quién le gustaría un poco más de
pan de carajo? Para afilar hasta las encías.
Cuidado con no lavarse los dientes, para sacarse
la chatarra de las muelas. Cohetes. Aviones.
Misiles. Fusiles. La matanza de civiles. Todo
atorado ahí, sin que el hilo dental pueda hacer
nada al respecto. Y quienes sí pudieran hacer algo
al respecto, fingiendo en la mesa, que comen

sandías, glotones. Iglesias. Curas. Misas. Santos. ¡Montones de Santos! Uno sobre otro acumulados, formando una torre que tapa la vista al cielo. ¿Cómo se puede hablar con Dios, si lo tapa? Hasta lo que no existe necesita de una ventana para ver sus pecados. Aunque sin la ventana pueden verse, igualmente, bastante de lejos. Caídas. Desde la máxima altura. Que nunca estallan, ni revientan, que no rompen el suelo. Caídas silenciosas.

Se le presentó lo siniestro. El marco de la puerta. La ventana. El ruido de las ramas rozando la parte de las paredes. La oscuridad del viento. Todo le pareció ajeno. Amenazante. Y la ansiedad comenzó a subirle por los poros. Primero se apoderó de sus huellas, luego, poco a poco, subió por la punta de sus dedos, hasta llegar a los talones, empaparse con los tobillos y emerger. Gobernó hasta las rodillas. Y siguió subiendo. Piernas. Muslos. Caderas. Cintura. Brazos. Cuello. Extremidades todas. Hombros. Manos. Codos. Igual que hormigas que se trepan por dentro, carcomiendo los rincones. Ansiedad. Hormigueo. Miedo a lo profundo. ¿Qué es todo esto? ¿Qué la rodea? Si hasta el silencio es sospechoso.

Le dio asco una paloma que buscaba desesperada alguna miga bajo su ventana. Con el

movimiento de sus largas piernas, rojas o naranjas, finalizando en tres puntas, más una trasera, que le hace de perfecto agarre y apoyo. Le dio impresión verla, movimiento su cuello, porque recordó todas las veces en las que la gente les dice ratas del aire, llenas de enfermedades, potenciales asesinas de esta era. Ansiedad siniestra. Intentó controlarla. Siguió mirando la paloma y evocó sus recuerdos de la niñez, cuando se sentaba en la banca de una plaza, con un paquete de maíz en la mano, envuelto en una bolsita transparente, y lo rompía para dejar caer, las gotas del oro, que atraían a todas las palomas del lugar. Nadie pensaba en enfermedades para entonces. Nadie les decía ratas. La gente, abuela, solía hacerlo a menudo. Tan a menudo que había personas vendiendo esos paquetes, colgados en un palo sobre su espalda. Evocó el recuerdo y canalizó la ansiedad. La convirtió en otra cosa.

Movió el asco hacia otro rincón del sentimiento, aquel lugar en el que está la compasión. Y ya no hizo un ruido para ahuyentarla, como hubiera hecho, solo la dejó buscar, algo para alimentarse. Alimento para lo siniestro. Un poco de maíz, para que no se espante. Colocado justo sobre la palma de la mano, llamándole, con un tono tierno: “siniestro, siniestro, siniestro... ven siniestro”, hasta que se pose y picotee.

Una vez en la punta del dedo, puede convertirse en algo tierno, en algún elemento del pasado, en algo más allá de las ofensas. En un ganso verde o color carmín, en algún animal multiforme que ni siquiera tiene por qué tener existencia. En el futuro, disfrazado. Puede que lo siniestro sea el lugar, donde se guardan los objetos más preciados. O el lugar donde se pierden. La dialéctica de los contrarios. Se encuentran.

Chocan. Son opuestos y aparentemente complementarios. En una ciudad motorizada por contradicciones. Se empapa de polos. Antagónicos. Que en algún punto se rebasan, como las compuertas de las casas que se inundan. Más allá de la quietud. En el movimiento de la quietud. Girando sobre un hueco en el colchón, que marca el paso de la vida, encubierto. Darle de comer a lo siniestro, para que se convierta en un ave, decidida a volar.

En la sábana, se marcaban aureolas que formaban nuevos universos. Le habría gustado poder verlas con normalidad. Y sin embargo, todo le pareció sucio. Manchas, sucias, en la sábana blanca. Manchas, sucias, sobre la alfombra. Formando figuras amenazantes y sospechosas. Dragones y varitas. Hadas y hechizos. Jarrones vacíos. Bebés. Cuevas. Animales, algunos sapos y cohetes espaciales. La pelusa. Su propio pelo, caído, estrujándose entre las grietas de las paredes. Polvo. Polvillo. Ácaros. Chinchas diminutas que casi no se ven. Y todo tipo de bacterias y virus. Sujetos todos, miniatura, viajando por el aire, metiéndose entre los pliegues de la cama, esperando en la almohada. Asesinos. Fulminantes. Gérmenes. Los más temibles. La tragedia más grande de la historia. Protagonistas de más masacres que los militares, lo cual es mucho decir. Más muertes que el cáncer. Más que

el tabaco. Más que las mamas. Más que la próstata estallada. Gérmenes. Los enemigos insurrectos de la especie humana. Más rebeliones que espartanos. Cruzando las estelas de luz a través de la habitación. Emitiendo un sonido, imperceptible, cuando se chocan entre sí. Como un submundo, que habita silencioso, el camino a los pulmones.

Sobre las paredes, la marca del tiempo, hizo que el blanco immaculado, se transformara en un beige immaculado, con unos cuantos dedos immaculados, marcados sin ningún descaro. ¿Cuántas veces puso la taza con la cuchara en ese mismo rincón? Generando esa misma marca que su trasero forja en su colchón. Sin ánimos de rimar. Quería agarrar un pincel y pintarlo todo de nuevo, cada rincón. Pero el pincel también iba dejando marcas. Huellas de que atrás hubo otra

pared. Más sucia. Más gastada. Con dedos que dejaron su certeza. Quería agarrar una escoba y barrer, para sacar las bolas de pelo que rodaban como en el desierto. Pero la escoba iba a dejar nuevos pelos, esta vez rojos, esta vez duros y plásticos, desperdigados por toda la alfombra. Quería lavar la sábana, una y otra vez, hasta sacar cada aureola, hasta borrar cada galaxia. Pero eso no es lo que hubiera hecho Leopold Bloom, siempre libre, siempre cambiante. Él no lavó ninguna sábana, no se preocupó de ninguna aureola, ni gastó su tiempo barriendo. No, él no barrió nunca, en 750 páginas, y vaya que sueltan polvo las letras.

Las dejó quedarse. ¿Y por qué no? Son solo universos. El pobre ácaro, no da más que estornudos. ¿Y cuántos virus puede contener esa almohada solitaria, que no da ni besos? Los dejó

quedarse. A los ácaros. Al polvo. A lo que habitaba flotando el rayo de luz en su pieza. Reemplazó los pensamientos. Reemplazó las emociones. Allí donde llegaba como una flecha, la obsesión, se cuestionaba. Volvía a empezar. Le imponía alguno nuevo, distinto. Y tal vez, por qué no, algo que significara totalmente lo contrario. Su opuesto. Aprovechó la dialéctica, como una aliada. Y eso hizo que se sintiera acompañada, abrazada por la materia. “¡No estás sola!”, gritaba su entorno. “¡No estás sola!”, se decía ella.

Y entre los ácaros del polvo flotando en la luz, lo pudo ver. Lo primero que pensó, es que se trataba del Ángel de lo Singular, o el Ángel de lo extraño, como le decimos entre sus personas queridas, pero Edgard ya había trabajado ese asunto. Le dio sus alas. Le dio sus globos. Le dio las palabras. Difícilmente llegara a instalarle, de nuevo, con cizaña, en otra habitación. Después pensó que podía ser el Ángel de la Historia, pues Walter dejó bastante abierta esa cuestión. Pero no tenía ese rostro chato, y esas alas rotas, que Paul le pintó. No, definitivamente, no era el Novus. Parecía ser más bien, el Ángel de la Necesidad, o el Ángel de la Contradicción, no supo identificarle.

- ¿Y tus alas?
- Yo no tengo alas.
- Si no tienes alas, entonces no eres un Ángel.

- ¿Acaso no puedo ser un ángel igualmente, un ángel sin alas?
- Que yo sepa la definición de ángel es tener alas, o al menos, eso nos enseñaron en los `90, y en algunas otras épocas, por qué no decirlo. Ángel: alas y aureola. Veo que tampoco tienes aureola.
- No tengo aureola tampoco, no. Ni nada brillante, por si vas a seguir con eso. Nada de oro. Ni brillantina dorada. Está prohibida ahora, importante actualizarse.
- Si, porque alimentan a los microplásticos en el aire, y en el agua... Ojalá estos ácaros pudieran comerse el plástico.
- ¿Ácaros? Me parece el menor de los problemas ahora.
- ¿Y cuál sería el mayor? ¿La escasez de alas? ¿O la escasez de brillo?

- No hay que tener brillantina, para brillar. ¿No sabías eso?
- Algo me imaginaba.
- No. No tengo alas. Si pudiera elegir, me gustaría más tener algo como aletas, para poder sumergirme. Nadar, con gran agilidad, haciendo del agua mi vestido.
- Ah, te gusta el agua, la playa, el mar, los delfines, las focas, las orcas, los animales marinos...
- No. No. Más bien me gusta llegar a los confines.
- ¿Y qué estás haciendo entonces aquí, esto no es ningún confín?
- O puede que sí.

Con un gran signo de interrogación en su cabeza, volvió al silencio de su pieza, y se quedó observando entre las láminas de luz en el aire,

cómo flotaba, lo que ya no creía que fuera un ácaro, sino lo que creía ahora, eran microplásticos. Pequeñísimas y no tan pequeñísimas partículas que se le metían en los pulmones, se le alojaban en el cerebro y hacían nuevas construcciones al interior de su cuerpo. Sillas de jardín entre sus cejas. Toldos bajo los orificios de su nariz. Tanques azules bajo sus pechos. Bandejas. Vasos. Cajas. Bolsas. Bidones. Pajillas. Tapas y más tapas. Botellas que alguna fueron parte de otras botellas, como centros de mesa para decorar la Navidad y los cumpleaños. Cepillos de dientes. Peines. Ropas. Vestidos que llegan a la sangre. Exfoliantes. Cucharas. Tenedores. Cuchillos. Tijeras, no para cortarse las venas, sino para cortar el hilo invisible de la opresión.

Hay mucho movimiento en la quietud. O lo que es lo mismo, toda quietud es aparente. Tenía el cabello seco. Puntas de escoba. Raíces enceradas. Una caída lenta. Cientos de historias contándose en cada hebra. Malas historias. Buenas historias. Historias y nada más. Caídas. Recuerdos de todo tipo. Risas. Llantos. Amaneceres. Todo había quedado allí, almacenado en el cuero cabelludo.

Trató de peinarse usando sus manos, pero el enredo de tanto menjunje, no se lo permitió. Tónicos de canela, mezclados con romero, aloe vera como el que usaba su abuela, agua de arroz y jengibre. A veces cebolla morada. Usó sus dedos y siguió peinado. Sentía la ansiedad de Edgar al escuchar los latidos de aquel corazón. No pudo notar las ondas expansivas, pero nuevas bombas cayeron sobre la Franja de Gaza, y hasta

se habló de lanzar una bomba atómica sobre las mujeres y las niñeces que están en refugios, hospitales, escuelas. No pudo notar las ondas expansivas, pero pasaron justo por su puerta, atravesaron paredes y ventanas y le tocaron el pecho. Los gritos, en el aire, tampoco se podían oír, pero allí estaban. Enflaqueciendo la zona de desarrollo próximo distal, hasta volverla polvo. Un ápice de cemento tan insignificante, que no vale la pena caminar por él. Nadie golpea la puerta para ofrecer oportunidades. Solo bombas. Secuestros. Balas. Cuando el pesimismo es más pequeño que la realidad, insuficiente, inalcanzable. Apenas sirve para explicar una parte, y nunca el todo. ¿Quién entiende algo? ¿Quién sabe? ¿Quién puede tener un pronóstico acertado? En tiempos de giros y contramarchas. Postes reventados. ¿Quién puede tener una respuesta? Decir unas palabras de aliento que den justo en el clavo.

¿Hay algún profeta? Mañana va a cambiar, le promete al innombrable. Va a ser un poquito más libre, un poquito más suelta. Un poquito más parecida a todas esas cosas bellas, los atardeceres, las mañanas de sol, las flores que suelen mecerse con el viento. O tal vez sea un poquito más rama, para azotar inocentemente cabezas. O un poquito más llama, para ser evocada por quienes no son cobardes.

No llega hasta la esquina, su zona de desarrollo próximo. Es a su humanidad, lo que una pecera a un pez. Tiene el color de la tierra. Y te sujeta por la espalda. Deja la posibilidad de llegar solo hasta un límite. Hacia arriba es llamado techo de cristal, mucho más bajo para las mujeres y disidentes. Cae a medida que se avanza. Se achica. Más y más. Con la época, con los años. Parece ser que la generación actual, tiene su zona tan reducida,

que apenas puede pisar la vereda. Se dice que quien inventó el rock and roll en los `60, tuvo la zona lo más amplia posible. Pero fue reducida a punta de metralla. ¿Dónde está el resto de la zona que abarca la libertad? Si hay alambre de púas sobre las posibilidades de crecimiento. Un alambre de púas sobre la zona de desarrollo próximo distal.

La ansiedad se dispuso a domarla. La quería suya. La adoraba. Le acariciaba los muslos, la entrepierna, se le subía por los intestinos, hasta llegarle al corazón. Para cuando quiso darse cuenta, era un ataque. No un ataque cardíaco, o un ataque en la cabeza, no era el prolapso de sus pulmones o su útero, no era la enfermedad de su vientre. Era un ataque de ansiedad. De esos que ya había sufrido antes, cuando su abuela y su tía estaban, demasiado ocupadas para darse cuenta, en su infancia. Los sufría a menudo. Empezaban como un ataque de hormigas y terminaban, por apoderarse de cada palmo de su cuerpo. Estremeciéndole la piel. ¿Qué tan adentro llegan las heridas de la infancia? ¿Qué tan imposible es sanar las cicatrices? ¿Por qué siguen apareciendo, haciéndose presentes? Presentes. Patentes. Latentes. Saliendo por el pecho. Por la herida abierta. Como fuegos artificiales en un día

de fiesta. ¿Quién le robó los domingos? Y la convirtió para siempre en amiga de la melancolía. ¿Quién le robó el adelante? ¿Y el hacia atrás? Y los recuerdos de un pasado suave, esponjadito. ¿Por qué todo es tan áspero, tal lleno de grietas? ¿Qué futuro? ¡Cuál futuro! ¿Habrá días sin hormigueos? Sin sudor en la frente. La abstinencia de otra vida, de otros sueños, de otros deseos. La abstinencia del deseo. Ya no pudo ser lo que soñaba con ser. Tal vez se convierta en algo mucho mejor, o en algo todavía peor, no lo sabía. Había renunciado a los placeres. A los grandes y a los pequeños. Porque se sentía culpable por tenerlos. Placeres grandes, como el amor hacia una persona par. Y placeres pequeños, como comer, sin sentir que comía culpa. Renunció, al baño caliente por las mañanas. Al café cargado de azúcar para los huesos. A la sal extra. A sentarse

en un bar, con sus amistades, a tomar algo y hablar de cosas banales. Renunció, sin quererlo, sin habérselo si quiera propuesto, a todo lo que le causara algo de satisfacción. Sin darse cuenta. No había nada allí que fuera para ella. Ni el perfume de una flor. Ni las caricias del ser al que se ama. Abstinencia de la vida. Sin decisión aparente. Y con el debido respeto. Su cuerpo se cerraba. Su estómago se cerraba. Su puño se cerraba. No sabía si se estaba forjando, como el acero, o si simplemente, estaba desapareciendo. Reduciéndose a cero. ¿Existe alguien, que no pueda sentir, absolutamente nada? El deseo, el placer, las pasiones, absorbidas por la vida, consumidas. Haciéndole creer que solo una pequeña cantidad de todo eso fue destinado para ella, el resto se fue, con la corriente, o cuando sopló el viento, de nuevo en contra. Nunca un llamado, una sorpresa, un giro abrupto. El

momento esperado en el que todo se da vuelta. Ni
tableros pateados, ni revueltas. La quietud del
movimiento. Los ojos cerrados para no ver lo que
hay por dentro. Abstinencia. A los sueños rotos.

Necesitaba la fortaleza del yo. Había estado viviendo bajo el dominio del impulso, suficiente tiempo. Las fobias, los temores, los miedos, las inseguridades, habían teñido sus colores, con el amargo ocre del dolor. No podía seguir permitiéndoselo. El lujo de sufrir. O el no lujo de sufrir. El privilegio. O el no privilegio. Estaba cansada. Harta. Toda su tristeza, se convirtió en furia, pero la furia tampoco puede quedarse alojada entre las entrañas. Es menester desprenderse. Botarla. Arrojarla directo hacia su fuente, para que no vuelva.

El imperio del yo naciente. Eso era lo que precisaba. Enfrentar al innombrable, decirle que no. Que no más. No más ingleses, ni torturas mentales. No más juegos de tragedias. No más futuros llenos de temores, poniendo la tetera para beber desdichas. Basta de los abusos y

exigencias sobrehumanas de aquel que dicta los principios y valores básicos de la sociedad, que al fin y al cabo, no son ni valores ni principios, más allá de los del libre comercio. Basta de dejarse dominar, por el de afuera y la de adentro. Ojos tristes y alicaídos. Uñas carcomidas. ¡Basta!

A equilibrar. A gestionar. A manejar las emociones, los pensamientos, con un sistema operativo reseteado, menos noventero y más despojado. A dejar que el yo resuelva. Domine. Desinfle al innombrable, tan hinchado, tan flotante, tan lejos del suelo, como un globo que se suelta en el cielo, contaminando la atmósfera, los mares. Un yo que con una escalera, lo baje del cielo, para ponerlo de vuelta en su sitio, y no se crea el boxeador de los abismos. Y enfrentarla a ella. A ella. La suelta. La impulsiva. La que ha corrido tras sus objetivos toda la vida, implacable,

sin pensarlo, sin beberla, sin poder detenerse, sin entender el no. No tiene por qué reprimirla. Ni sujetarla. Ni atarla a la cama para que no pueda salir, corriendo, hacia algún lugar. Tiene que convencerla. Oponerle palabras nuevas, a los viejos lugares de la soledad y el terror. Enfrentarla. Sacarla del rincón oscuro en el que se sumerge a menudo, sola, agazapada, escuchando los ruidos de alguna otra ciudad moverse. Ella que es ese baúl cerrado, el capot de un auto desplazándose hacia abajo. Enfrentarla. Mostrarle el camino para salir de allí, madurar, ser todo lo que siempre quiso. Ser sus deseos. Ella tiene que ser sus deseos. Ella quiere ser sus deseos. Desesperadamente. Para que sus sueños rotos, pueden reagruparse desde el suelo, regenerarse, convertirse en nuevas perspectivas.

El imperio del yo. Para que las tormentas no le vuelen el cabello y la dejen rendida, sin fuerzas. Para fortalecer los músculos, los huesos, cerrar las heridas. ¿Qué alimenta al yo? ¿Qué le fortalece? ¿Qué le vincula, revolucionariamente, con el entorno social, y le hace sacar chispa? Hay una mejor manera de gestionar lo que somos, para que lo que somos, pueda dar los combates que se necesitan en el presente. ¿Qué hay que cambiar? Todo. ¿Puede hacerlo si sus lágrimas no le dejan ver el horizonte?

Se sentó en la cama, en el mismo sitio hundido de siempre. Con su cabello seco y las manos entrelazadas sobre las rodillas, haciendo círculos con los dedos. Miró las partículas flotando en la luz, y dijo:

- ¿Estás ahí? ¿Ángel de la necesidad? ¿O Ángel de la contradicción? Nunca me aclaraste tu identidad verdadera. ¿Estás ahí? Siento molestarte, pero necesito charlar, necesito salir. Hace mucho tiempo que estoy esperando, algo, que no ha tocado a mi puerta. Tengo que salir. Tengo que tomar mis pies, y meterlo en zapatos como si fuesen maletas. Salir. Cambiar. Buscar. Hacer algo en mis días de licencia, que me permita dar el salto. ¿Cuánto tiempo me queda? ¿Hay alguna puerta que pueda abrir? ¿Estás ahí? ¡Ángel sin alas!

- Si estuviera aquí, créeme, me habrías visto. Pero la verdad es que no estoy aquí, ni en ninguna otra parte. Y no puedo contestar a tu pregunta. Necesidad. Contradicción. ¿No es acaso una misma cosa? Hay un mundo afuera, más allá de tu espacio, de tus seguras cortinas, de tus seguras cobijas, de tus seguras sábanas. Hay algo más allá afuera.
- ¿Qué es?
- No puedo decirte qué es. Tienes que ir a descubrirlo tú sola.
- Esa frase me suena familiar. Creo que debo haberla escuchado mil millones de veces, en mi infancia, en boca de mi abuela, en boca de mi tía, en las maestras de la escuela. Tienes que descubrirlo tú sola. ¿No hay chance de una ayuda, una mano, un poco de aliento, algo que me haga sentir, menos cruelmente, en aislamiento?

- No hay nada que yo pueda hacer contra tu aislamiento. Es el aislamiento de cientos de miles. Cada quien en su cabeza enajenada. Mordiendo los vidrios de las esperanzas rotas. Cantando canciones que aprendieron en la radio, y no significan nada. Rezándole a santos que nunca vieron. Cada quien, aunque esté en familia, aunque esté sobre un asiento, en una mesa llena, siente un vacío.
- ¿Y eso por qué?
- Es un vacío epocal. La dinamita de la vida, haciéndose espacio.
- Pero yo quiero romperlo. Quiero salir allá afuera. Entrar al mundo, nada más hostil, y poder salir, para volver a entrar después, nuevamente. ¿Un vacío epocal?
- Sí, un vacío epocal, como una epidemia, una moda, igual que ciertas palabras. Ahora todo

el mundo dice “cringe”. ¿Sabes lo que significa “cringe”?

- La verdad que no.
- Eso también es un vacío epocal. O una distancia epocal.
- Necesito moverme. Moverme más allá de esta quietud in-estática.
- ¿Existe esa palabra?
- ¿Existe un ángel de la contradicción o la necesidad, que por lo visto es una misma cosa?
- ¿Y a dónde vas a ir?
- Puedo ir a cualquier parte. Tengo mi libertad. ¿Verdad? Puedo ir a un viaje, subirme a un globo y darle la vuelta al mundo. O ir en un barco, hasta ser tragada por una ballena. Puedo andar, de bar en bar, como Leopold Bloom.
- ¡Libre como Bloom!

Se vistió de rojo, usando una polera larga hasta la rodilla y una calza que dejaba ver sus tobillos. Se puso zapatos negros, algo brillantes y serios, para darse a si misma toda la estabilidad que sus pies necesitaban. Comió un bol de cereal con yogurt, repleto de pequeñas semillas de chía y se decidió a salir. El primer paso fue el más difícil, como decía el viejo Carlitos.

En cuanto abrió la puerta, el cielo se le cayó encima. Había tanta luz, que tuvo que cerrar los ojos por un momento, como si hubiera explotado una bomba justo frente a sus narices. Era un día de sol radiante y luminoso. Dudó de volver. De pronto el sitio en el borde de su cama, parecía un lugar más seguro, con sus sábanas, sus cobijas. Volver. Volver atrás. Lo pensó y lo pensó. Pero el innombrable presionó hasta que la empujó hacia afuera. Puso el primer pie sobre la vereda y vio

cómo un perro pasó moviendo la cola, con la lengua afuera, apestado de libertad. Quiso ser como él, así que comenzó a seguirlo. Cada paso fue haciéndose más difícil. El sol penetraba por intermedio de las hojas. La calle era una vía pavimentada, con veredas amplias, llenas de vegetación y un gran espacio para andar, sin tener que chocarse contra nadie. Parecía que el camino se abría ante ella, igual que un torrente que conduce hacia el mar. Ella era ese mar. ¿Qué podría hacer? Podría hacerse bailarina, cantante, pianista, ícono pop, influencer, vendedora de frutas, cocinera, madre, padre, amiga, dueña de alguna fiesta. Podría ser maga, monja, paracaidista, circense, abridora de latas o de compuertas, poetisa, estrella de cine. Admirada, odiada, querida, o repudiada.

El perro doblaba esquinas, agitado, con su lengua sobresaliendo mucho más allá de su mandíbula, se detenía en árboles selectos, con olores selectos, para levantar la pata y aprovechaba de mirar de reojo a quien lo seguía sin decirle palabra. Nada le parece extraño a un buen perro callejero que lo ha vivido todo. Las gentes eran para él, como un puñado de extrañezas. Pasó por negocios, casas de señoras que barrían la vereda y a cada quien que veía, se le imaginaba tomando su papel, incorporándose a su sitio, robándole la piel. Ser como esa señora. Ser como ese señor. Ser como aquel niño que cruza la calle. Ella quería ser. Ser alguien. Presidenta. Primer Ministra. Tribuna del mundo. Dominatriz de un mundo perdido. Su licencia es larga. Los ojos de alguien. Las lágrimas de alguien. El amor. Ella quería ser. Y no sabía cómo serlo. Así que miraba al resto para aprender. ¿Cómo eran? ¿Cómo se movían?

¿Qué colores reflejaban sus ojos? ¿Cuántas manos escondían en sus bolsillos? ¿Hacia dónde miraban sus pupilas dilatadas? ¿Qué les hacía llover por dentro? ¿Qué les hacía apasionarse hasta perder la cordura? Escuchó algunas conversaciones entre gente vecina e intentó imitar los acentos. Movía la boca mientras les miraba, sintiendo que había pertenecido a algún otro mundo, a algún otro tiempo. Ser.

Dobló a la esquina, la vegetación fue poniéndose más y más frondosa, descuidada. Se encontró de frente con una casa de rejas viejas y oxidadas. Cada fierro, se unía al otro, mediante una soldadura percutida, amarilla, que se corroía con cada brisa, con cada transeúnte que le imprimía las huellas de su aliento. Tras las rejas, un patio frontal, repleto de plantas altas, que se habían tomado el terreno. Casi no podía verse la casa que escondían. Con pinches y escamas verdes, daban una sensación un tanto terrorífica. En alguna parte, perdida, podía verse un cartel, escrito sin muchas ganas, que decía: “Clases de Pintura”.

Tocó un timbre pegajoso, que parecía más cerrar, que abrir puertas, y esperó un buen rato, hasta que un anciano, apareció entre las malezas y sin decirle nada, ni sonreírle, se acercó hasta la reja. Introdujo una llave de gran longitud en la cerradura

desgastada, y la hizo girar hasta que pudo destrabarla con algo de dificultad debido al paso del tiempo. A decir verdad, era una suerte que la puerta aquella todavía pudiera abrirse. El caballero le hizo un gesto para que pasara, y ella no sintió ningún temor, decidió dar el paso al frente. Nadie dijo nada. Pasó a través de las plantas, observando sus espinas, pisando apenas en un suelo que parecía moverse, como el tiempo. Pudo ver la casa, igualmente corroída, con las paredes cayéndose a pedazos. Cuando cruzó el portal que dividía el adentro del afuera, el hombre la invitó a sentarse frente a un atril y se demoró un buen rato en ir a buscar algo, que no dijo qué era. Al regresar, traía un lienzo que puso frente a sus narices. Le entregó un lápiz negro, que no era cualquier lápiz, tenía una punta extremadamente fina, sensible, hecho de algún otro material especial, estilo carboncillo y le dio indicaciones

específicas. Tenía que dibujar círculos, uno al lado del otro, tantos como le fueran posibles.

Ella comenzó a seguir las instrucciones. Pintó círculos, con mucha paciencia, uno al lado del otro. Los primeros no le cerraban completamente, no lograba hacer que coincidiera el principio con el final, igual que en la vida misma. Después de diez círculos, comenzó a preguntarse si aquello se trataba de algún truco psicológico, una especie de doble mensaje sobre la necesidad de cerrar círculos, de aprender a hacerlo correctamente, sin dejar cabos sueltos, ni espacios vacíos. Luego, recordó no tener un solo centavo en los bolsillos, así que dudó de con qué pagarle al señor por su clase. Pero siguió haciendo círculos, haciendo a un lado sus pensamientos.

Una hora más tarde, el hombre le retiró el lápiz y le agradeció en voz baja por su presencia. No le

cobró nada, la acompañó hasta la puerta y como si fuera una estudiante de toda la vida, ya conocida por él, se despidió hasta la próxima semana. Al salir por la reja, sintió que seguía pintando círculos oxidados en su cabeza.

Soñó que escapaba. Corría. Trataba de salir del propio edificio de su yo. Abría ventanas y las atravesaba, solo para encontrarse en nuevas habitaciones con más ventanas que abrir. Buscaba, aun en sueños, un destino. Para cuando quiso acordarse, ya estaba de vuelta sentada sobre el hueco de su cama, hundiéndolo más y más. ¿Qué salidas tiene? La primera frase que le dijo la mañana fue “se reirán de ti”. Se reirán de tus necesidades, de tus deseos. Verán la forma de burlarse de tus sueños, hasta hundirte, como aquel viejo colchón, en la mancha de tu voluntad. Pensó en el perro, y en el viejo, y en Leopold Bloom, en su tía, en su abuela, en su amiga Almendra, en las bombas sobre Gaza, en Nico Piña. Pensó en todo lo necesario. Y repasó las ventanas, que abrió y cruzó y corrió, despejando el viento. ¿Quién eres, soledad? ¿Dónde está tu aliento? Que no puede sentirse respirar tras la

nuca de nadie. ¿Dónde están las palabras que alguien debió decir, pero no se dijeron? Corrió por el edificio de su yo y saltó al edificio de la civilización humana, al que debería volver pronto, pasado su tiempo de licencia. ¿Cómo reincorporarse a un trabajo que afecta su salud? La paloma volvió a posarse, en su mismo sitio, como si no la viera, o como si no le importara verla, creyendo que ella no significaba ningún peligro. Y no lo significaba. Esta vez, no le molestó. ¿Cómo iba a molestarle? Ese pobre animal no-extinto que seguía existiendo, sin posibilidades de hacer pan, ni de beber agua en un vaso. ¿Qué tan lejos está en mañana? ¿Dónde está la felicidad que se busca, en libros, películas, en el cine, en las puertas abiertas de todas las casas, en los fondos solitarios de los corazones humanos? ¿Acaso no hay miseria más honda que esperar?

No quería volver a las clases de pintura. ¿Para qué dibujar círculos? ¿En qué se convertiría, en una profesional del redondeo? Decidió pensar en otras ideas. Si se piensa con suficiente fuerza, quizás, al fin, cambien de rumbo las ideas. Igual a un barco, corrompido por el alta mar, que tuerce su curso, hasta convertirse en parte de las olas. Ella era parte de las olas. Ella era olas. Llevando hacia alguna costa, aunque nadie las percibiera, aunque nadie pudiera notarlas o detenerse a frotar sus pies, en lo áspero de la arena. ¿Y ahora qué? Las manchas de pintura sobre su pieza, amenazaban con tragársela. La inquietud se apoderaba de sus huesos. ¿Y ahora qué? ¿Qué amaneceres quedan? ¿Cuántas vidas se viven en un solo cuerpo, susurrando pasados? Pensó en las tijeras, y quiso cortar el hilo de la opresión, otra vez, cada vez más grueso, cada vez más pesado. Apretó los puños, casi hasta clavarse las uñas en

las palmas de las manos, y una araña se trepó hasta sus cortinas, solo para presumirle su proeza, su libertad conquistada.

Hay alguien tras la puerta. Puede oírsele mover, de un lado hacia el otro, intentando encontrar un timbre que no existe. Es la sombra de sus pies, proyectándose en la hendidura. Ella abre antes de sentir algún golpe de llamado y ve que de pie, se encontraba una señora, de pelo corto y cano. Con una falda de lana, tapándole las rodillas y un sombrero de alas anchas para cubrirse del sol.

- Buenas tardes, ¿tiene un momentito para hablar de Dios?
- No, no, muchas gracias, estoy algo ocupada en este momento.
- Nunca se está lo suficientemente ocupada como para poder hablar de nuestro Señor Jesucristo, el todo poderoso.
- Resulta que en este mismísimo instante sí estoy algo ocupada, pero seguro Él lo va a poder entender, a eso se dedica, ¿no?

- ¿A entender nuestras negaciones? No querida, a eso no se dedica Él.
- ¿Y a qué se dedica entonces? ¿A mirar sádicamente cómo nuestro libre albedrío protagoniza masacres?
- Dios tiene un plan, y es el hombre, el que debe librarse de sus pecados, del odio, de la guerra...
- Bueno, va bastante mal en eso entonces.
- ¿Cómo se llama usted?
- El nombre propio es un hecho arbitrario, una dictadura de nuestros progenitores para imponernos algo más que un rostro, que un código genético, también una identidad.
- ¿Cuál es su identidad pues entonces?
- Eso ni yo lo se... Si lo supiera, no estaría aquí en la puerta hablando con usted.
- ¿Y dónde estaría?

- Posiblemente estaría esparciendo mi identidad sobre todas las flores.
- ¿Cómo una abeja?
- Si mi identidad fuera ser una abeja, sí. Pero soy un ser humano.
- ¿Usted es creyente? Aquí tengo algunos materiales, muy interesantes, que si me permite, quisiera entregarle, sobre por qué el mundo está en esta crisis y cómo es posible salir de ella.
- ¿Ahí están las soluciones? ¿En esos papeles coloridos? ¿En esa imagen de un león, habitando con personas felices de enormes sonrisas?
- ¿Usted no cree que fuera posible un mundo así, en donde el hombre habite codo a codo con las bestias?
- Yo del hombre solo se que es tan bestia como las bestias. ¿Por qué habla usted del hombre

como un hecho universal? ¿Qué pasa con la mujer? ¿No hay lugar para ellas en el reino del Señor?

- Ah claro que sí, el Todopoderoso tiene un lugar especial para la mujer, creadora, madre.
- No toda mujer es madre.
- ¿Usted es madre?
- No, soy mujer. Aunque a veces no estoy tan segura de ello. ¿Qué es ser mujer?
- Ser mujer, es ser una ayuda idónea para...
- ¿Para el hombre? ¿Quería usted hablar de Dios, o quería usted hablar del hombre, subordinado a lo que no existe?
- Si leyera estos materiales, podría darse cuenta, de que hay un lugar, en el reino de los cielos, para cada ser vivo...
- ¿De veras? ¿Y qué lugar tienen los niños y las niñas que están siendo masacrados en la Franja de Gaza? ¿Acaso no era ese su lugar?

La puerta se cerró. Y en la habitación volvió a sentirse la ausencia de Dios. Hace un tiempo lo intentó. Hacerse creyente. Porque pensó que sería más fácil creer, que vivir en su silencio. Hubo una reunión, en donde la gente se sentó alrededor de un círculo, sobre unas sillas plásticas. Uno de ellos, tenía la cabeza especialmente grande, sobresaliendo entre las demás. Cuando hablaba, tenía los ojos neuróticos, con esas pupilas en extremo dilatadas, y la expresión de quien se sorprende, incluso con lo que no está viendo. Intentaba mantener un tono de voz tenue, tan bajo que había que hacer un silencio profundo para poder oírle. Y la gente se callaba. No como con las mujeres, que cuando hablan, tienen que enfrentarse al hecho de que nadie las va a escuchar, seguirán hablando, en un murmullo continuo, que aumentará común avance su discurso. El murmullo patriarcal, que parece no

cesar nunca, desde hace más de cinco mil años, luz. ¿Cuánto se callará? ¿Quién lo callará? ¿Quién tendrá un sable lo suficientemente filoso, como para silenciarle? No pudo ver a ningún Dios en el medio de ese círculo. Se tomaron las manos y cantaron canciones extrañas, cargadas de un trauma emocional, pero ella no sintió nada con esas canciones. No se le erizó la piel. No sintió que fuera lo suyo, ni que quisiera revolcarse con esas gentes, en sus arenas creyentes. Alguien soltó un palomo blanco discretamente, para alucinar que era el Señor, envuelto en sus plumas. Pero el palomo se enredó en la telaraña de sus malas consciencias y cayó sofocado al suelo.

Las entrañas le habían indicado antes el camino, y sus entrañas no le estaban diciendo que ese fuera el lugar correcto para estar, ni aquel hombre de enorme cabeza, ubicado como líder, un

patrono al cual besarle los pies. ¿Por qué hacen eso? ¿Por qué hay siempre alguien que aparenta emerger por sobre las demás personas, como un mesías envuelto en ropas mundanas? Las jerarquías desatadas, enquistadas, obligadas. Ella no estaba para respetar jerarquías, apenas podía organizar a sus propios fragmentos. Pero vivir sin un destino predeterminado no es tarea sencilla. Hay que tener un gran coraje para enfrentarse, por ejemplo, a la inevitabilidad de la muerte. No, no habrá ningún Paraíso. La carne se volverá gusanos y los gusanos penetrarán en la tierra, hasta volverse otros seres, en otros tiempos, sin consciencia. Solo hay una manera de perpetuar la consciencia, y es en los libros. En el arte, en las pinturas. En esas manchas dejadas en las paredes rudimentarias de alguna cueva. No hay otra manera. Ningún infierno nos absolverá por nuestros pecados. Y ningún cielo nos abrirá sus

puertas. De la decadencia moral y las ruinas de la civilización moderna, crecerán los gusanos que devoren la malicia y la codicia actual. Se transformará, sí. Pero no como ellos quisieran. No con leones sonrientes. Se transformará, sí. Cuando en el estómago del ave, el gusano sepa hacer su revuelta. Sin plan. Sin pecados originales. Sin arcas. Sin sotanas. Cara a cara contra la realidad, dejando de evadirla, buscando respuestas, verdaderas.

Lenin tenía, también, un otolito suelto. Después de la toma del poder, se recostó sobre una terraza del Palacio de Invierno con Trotsky, y lo único que dijo fue: Schwindel, que en alemán, significa, vértigo. Pero ella no lo sabía cuando todo le daba vueltas, tampoco sabía tomarse ningún poder, ningún Palacio de Invierno. Solo sabía rezarle a Sylvia Plath, pedirle con todas sus fuerzas que la ayudara a encontrar el camino. Aunque no pudiera escucharla, aunque fuera tan solo materia en movimiento, le hablaba a la materia. Schwindel.

Las tripas comenzaron a exigirle algún alimento, así que puso un programa de cocina, para imitar los platos, tan gourmet que veía entre pixeles. Partió huevos. Abrió filetes. Marinó un repollo. Salteó verduras. Terminó con un enchastre sobre la mesada y hasta en el suelo. Creyó que no se parecía en nada a esas personas, de mandiles

blancos y altos gorros, que espolvoreaban sal como flamencos. ¿A quién se parecería? Si no era como estos. Si no era como aquellos. Había un viejo dicho popular que decía: “cortados por la misma tijera”. ¿Con qué tijera la cortaron a ella? Una que perdió su filo inmediatamente. Se quemó un dedo y casi se corta otro. La cocina no era lo suyo. Como cuando intentó hacer una lasaña de verduras y terminó intoxicando a toda una fiesta. ¿Para qué era buena? Y es que así miden el talento, los mortales. Por la capacidad de hacer. Dime qué puedes hacer, y te diré quién eres. Una voz espectacular. Una capacidad para actuar inigualable. Un don increíble para el piano. Prodigio de la escritura. Genial para las matemáticas. Einstein`s. Beethoven`s. Genios creativos. Nada de eso la caracterizaba. Y no buscaba el genio. Hasta Joyce tiene párrafos ridículos. Frases poco glamorosas que son

necesarias, para poder escribir las buenas. Es que el genio se parte a pedazos. Hay tanta imbecilidad en la genialidad, como en el imbécil mismo. Retazos. Retazos del genio. Retazos de ideas. ¿Poseemos genialidad las mujeres, y las disidencias? O es otro plato que se sirve exclusivamente en la mesa del hombre blanco, grotesco. Pincelazos. Destellos de brillantez. ¿Quién no los ha tenido? Pero los altares son para unos pocos. Las estatuas, están hechas de materiales específicos. Nunca parecidas a lo que somos, a lo que hacemos. Astillas. Gárgolas que no representan a nadie. ¿Cuántas hay de esas? Tributos indudables a lo que no es necesario, a lo que es muerto. Schwindel. ¿Cuánto tiempo giró sobre Lenin el Palacio de Invierno? Hasta caer de nuevo, derrotado por la degeneración, que sofoca imperios. Demasiadas vueltas. Demasiadas caídas. Demasiados inviernos. Y ahí están ahora,

cobrando sueldos, con más asesores que dedos, aplaudiendo las leyes de los verdugos, una y otra vez, como si nadie los viera, como si nadie lo supiera. Pero se sabe. Todo se ve.

El sol comenzó a esconderse en el horizonte. Y ella no pudo creer que su angustia, se fuera con el sol. Ya no estaba ahí. Ni el dolor. Ni las lágrimas. Ni las ganas de llorar estrellas. Pero no sabía qué puertas tocar. Parecía que el mundo se había quedado callado. La impunidad circulaba por las calles, sobaba los lomos de los ricos y poderosos. ¿Qué hacer? Afuera usan drogas para adormecer al innumerable. O se casan, para mecer al bebé del olvido. ¿Casarse para tener mandados que hacer? Cuidar a un hombre, como se cuida a una planta, regarlo, cortarle las puntas secas, enraizarlo. No. Eso no era para ella. Termómetro de la realidad. Atraparse. Queriendo salir. ¿Qué animal se queda quieto cuando está enjaulado? ¿Y qué animal rasga los barrotes, los muerde, los tironea, hasta quedar sin aliento? Fuerzas. ¿De dónde? ¿Para qué? Próximos pasos. Montones de chatarra. Zapatos chatarra. Mantas chatarra.

Ropas chatarra. Cosas compradas para durar diez años, que duran tres meses. ¿Y por qué? Porque así está diseñada la fiesta, para durar muy poco. Obsolescencia programa. ¿De quién? De las gentes. Obsolescencia programa del espíritu. ¿Usted cuántos días puede durar, señora? ¿Es acaso como un yogurt, o es larga vida como la leche? Conservantes a borbotones. ¿Cuántos días le quedan, señor, sin poder dormir la siesta? Botones que se saltan solos, al primer soplo de aire. ¿Te queda vieja la camisa? Es de ayer. ¿Y qué hacer con el mañana? Si ya no quedará aire. Ni agua. Ni nada que comer. Sueños nefastos. Sueños de gotas de agua. ¿Algo para beber? Insatisfacción programada. ¿Cuánto dura una pareja? ¿Los cinco segundos de comer la cena? ¿Queda miel? ¿Queda hiel? No quedan ni moscas. Pero, ¿quién lo va a entender? ¿Y cuándo? Alcoholes para desbaratar al yo. Dolores.

Ella quiere salir. Pero no avanza. Afuera hay prisa por construir una pared, todo alrededor de sus cejas, para que no pueda ver el horizonte, ni el paisaje hostil. Cardos. Cardos de la palabra. Que crecen sobre la lengua. ¿Nadie dirá nada? El cielo no está esperando al que batalla. Porque el que batalla no cree en el cielo. No hay cielo en el que creer. Dormir. En una cama llena de espinas. Maniatar las oportunidades. ¿Alguien sabe si hay camino? No se ven las luces de la gran ciudad. Después dicen que los límites se los pone una misma. La auto-depresión. El auto-flagelo. ¿Y lo de afuera no existe? Como un collar de espinas. Creen que somos animales sin destino. Seres bajos. De ultra tumba. Con la obligación de barrer. ¿Dónde están las lunas que nos prometieron? ¿Las flores envueltas en un papel? Qué sigilo. Qué silencio. Nadie dice nada. ¿De qué le sirve estar bien? Si afuera se quema. Si el sol le derrite

las perspectivas. ¿Tiene alguien alguna posibilidad para ella? Algún giro inesperado, una risa, una buena mano, alguna palabra de aliento. Meriendas de horizontes. ¿Sabe alguien la salida cuál es?

Fue a darse un baño, para ver si el agua caliente le traía alguna idea. Le pasó varias veces. Que las gotas cayendo sobre su espalda, le contaran un secreto, o le arrojaran luz, sobre el qué hacer u el curso de los acontecimientos. Después de todo nuestro cuerpo está hecho mayoritariamente de agua. Agua con agua se entienden. Pero no cayó ninguna idea. Solo vapor, crema de enjuague y jabón. Se secó pensando en escribir algún poema. Así que todavía con los pies mojados, tomó un lápiz para escribir.

*“Desdicha la desdicha del desdichado,
que está solo y se ha marchado, lejos,
tan lejos como ha podido. Sin fortuna en
la cartera, ni el aplauso de la gente,
enraizando ya su pena, en lo más
profundo de su mente”.*

Pero las palabras no rimaban, y cuando lo hacían no le sonaban coherentes. Lanzó el lápiz por los suelos, diciéndose a sí misma, que escribir no era lo suyo, tampoco.

El timbre sonó, pero no se escuchaba a nadie tras la puerta. La sombra de los pasos, parecía un cubo quieto, petrificado. Abrió con desconfianza y vio una caja, embalada, con los logos del Correo y su nombre escrito en un papel blanco. Intentó entrarla a la casa, pero estaba extremadamente pesada, así que con mucho esfuerzo tuvo que arrastrarla.

Una vez que la tuvo adentro, buscó tijeras para abrirla, cortando la cinta transparente que la rodeaba de palmo a palmo. Miró hacia adentro y pudo ver un cielo muy celeste. No dudó en meterse en ella. Primero con una pierna, luego con la siguiente, hasta que el tronco estuvo

totalmente metido adentro, y con las dos manos, pudo volver a cerrarla. Sintió en sus pies un pasto suave, que no pinchaba, ni picaba. Y empezó a caminar sobre él, observando las nubes, pasar por sobre su cabeza. Parecían viajar muy rápido, haciendo formas muy variadas. Su cuerpo le pidió correr. Así que trotó por el campo verde, como si fuera una yegua. El pelo se le fue secando al viento y sintió una sensación completamente diferente. No era el mundo de Narnia, ni aparecieron unicornios ni criaturas mitológicas fantásticas. Y aun así el aire, se sentía nuevo, opuesto por el vértice. Luego de algún rato, pudo ver a lo lejos, una chimenea de la cual salía un humo claro, casi transparente, en nada parecido a los humos que estaba acostumbrada a ver. Había visto una película, donde una niña de pelo azul, cruzaba por una puerta, y se encontraba con una familia diferente, pero aquí no había gatos

parlantes, ni ratones circenses, tampoco huecos en la tierra, ni reinas o conejos con relojes. Siguió caminando en dirección a la chimenea.

En cuanto se acercó, pudo distinguir las letras de un cartel que decía: “*Bienvenide a Libertad*”, supuso que ese era el nombre de aquel pueblo. El mar se extendía bajo las colinas, fusionándose con el horizonte claro. No había óxido sobre las letras. Pronto el campo se fusionó con la ciudad, y comenzaron a verse sobre el suelo, adoquines de colores, hechos de un material que no pudo identificar.

Llegó hasta los pies de la chimenea, cuyo humo seguía siendo transparente. Notó que no había rejas, ni cuadras amuralladas. Tras ella se erguía una especie de parque o plaza, llena de vegetación, con colibríes que danzaban de una flor a la otra. Esparcidos en diferentes puntos del parque, podía ver espacios, parecidos a puestos de artesanía, en donde había gente que charlaba, y mientras lo hacía, movía elementos con las manos. ¿Qué es este lugar se preguntaba? No lo había visto en la imaginación de escritores ni artistas, ni en fotos ni en postales. Se acercó a uno de estos puestos, y se puso a hablar con una mujer, que lucía una piel tersa y una sonrisa.

- Hola, disculpe la molestia, acabo de llegar aquí, y no comprendo bien dónde estoy.
- Hola querida, bienvenida a la tierra de la Libertad. ¿De dónde vienes? Ha de haber sido

un largo viaje. Puedo conseguirte agua o si tienes hambre, algún alimento. ¿Quieres una fruta?

- No, muchas gracias. Solamente, me gustaría saber, qué están ustedes haciendo...
- ¿Nosotres? Estamos trabajando.
- ¿Aquí? ¿A cielo abierto?
- Si, si, esta es nuestra fábrica, o nuestra oficina, o como quieras llamarle.
- ¡¿A cielo abierto?!
- Si, si. Esta es la plaza productiva. Todas las personas que habitan Libertad vienen dos horas por día, a prestar sus servicios para que la comunidad tenga todo lo que necesita, ya sabes, ropa, alimentos.
- No comprendo... Del lugar de donde vengo, esas cosas suceden en fábricas amuralladas, que tiran una enorme cantidades de vapores contaminantes a la capa de ozono, y la gente

está allí metida por doce, trece, catorce horas, sin descansar, con unos horarios de colación que a veces son de tan solo quince o veinte minutos...

- Ja ja ja, ¡qué ridículo! ¿Quince o veinte minutos para almorzar? ¡Catorce horas trabajando sin parar! ¡Haz de pertenecer a otro mundo querida! No. No. Aquí las cosas no son de ese modo. ¡Qué locura! Aquí se trabaja dos horas por día, ni un minuto más y ni un minuto menos.
- ¿Y aun así les alcanza para vivir? ¿Reciben un sueldo que les permite...?
- ¿Sueldo? No. No. Aquí nadie recibe ningún sueldo. ¿Para qué se necesita? Si cada habitante de Libertad tiene todo lo que precisa. Puede ir, libremente a aquel sector del parque, que si quieres te paso a mostrar, y allí abastecerse de todo lo necesario, e

inclusive más. Hay una parte especial para los asuntos tecnológicos, que adoran los niños, porque pueden encontrar juegos de todo tipo, para sus consolas y ordenadores.

- Sigo sin entender...
- ¡Ya entenderás, querida! Mira, presta mucha atención, ¿ves por allá? En esa zona se fabrica todo lo que tiene que ver con tela. Cortinas. Sábanas. Poleras. Pantalones. Ropa interior. ¿Y ves esa otra zona de allá? Allí se envasan latas del más variado alimento. Choclos. Espárragos. Lentejas. Que se cultivan en los campos de Libertad.
- Pero, ¿y los camiones? ¿las cintas transportadoras? ¿las maquinarias pesadas?
- Aquí no se precisan todas esas cosas. Hemos aplicado técnicas que nos permiten evitar, todo aquello que destruya la tierra, la fauna, la flora.

- ¿Te gustaría participar?
- ¿Cómo que participar?
- Claro. Si estás aquí en Libertad, puedes participar, hacerte parte de la comunidad. En este lugar nadie te va a tratar de extranjera, ni te va a apuntar con el dedo por ser diferente, ni a condenar a un trabajo precario por no tener papeles y todas esas cosas que sabemos que pasan en otros lugares. ¡Qué barbaridad!
- ¿Y cómo puedo participar?
- Mira, te mostraré... ¿Cuál es tu nombre, querida?
- Mi nombre es Esperanza Valdebenito.
- ¡Esperanza! Qué bello nombre.
- Acompáñame a aquel sector, no necesitas ropas especiales, ven. Colócate estos guantes. ¡Esteban, acércate, quiero presentarte a Esperanza, acaba de llegar, y quiere colaborar!

Un hombre con una sonrisa de oreja a oreja, se acercó hasta ella, la saludó amablemente y la invitó a colocarse sobre uno de los mesones ubicados en medio del parque. Los colibríes parecían no advertir la presencia de las personas, que movían sus manos de un lado hacia el otro. Le alcanzó un rodillo y un potecito con pintura fresca y le explicó, que ella tenía que ir desplazando el rodillo desde arriba hacia abajo, sobre las prendas que se encontraban bajo el mesón. Logrando así estamparlas con un color vivo y un diseño de flores.

Esperanza comenzó a estampar, usando el rodillo, desde arriba hacia abajo, mientras Esteban le sacaba temas de conversación. La mujer que la recibió al principio, volvió hacia su mesón y cada tanto la miraba de reojo, para garantizar que ella estuviera bien, con buen rostro,

en su sitio. Otras personas también le dirigían la palabra, lo cual hizo que se sintiera incluida, que sintiera que formaba parte de algo, al fin. En muchas otras circunstancias, había visto, sobre todo por ser nueva, cómo el resto hablaba entre sí, sin mirarla a los ojos, como si no existiera, o estuviera hecha de vidrio. Y ahora por fin, parecía que el vidrio que componía su cuerpo, se estaba tiñendo de colores. Al fin alguien la podía ver. Empezó a contarles historias sobre el lugar del que ella venía, generando gran sorpresa y expectación en el rostro de esas gentes, que no podían creer los cuentos sobre la pobreza y la explotación. Esteban se balanceaba de un lado al otro, y levantaba los brazos de manera exagerada, cuando ella decía alguna cosa, y la hacía sentir, como alguien digno de generar interés. Estampó una pila entera de prendas de vestir, que iba dejando a un costado, mientras otra persona las

retiraba y se las llevaba hacia otro sector. Y cuando pasaron exactamente dos horas, el grupo entero salió caminando por el parque, en dirección hacia unas construcciones que se erguían en el horizonte. Esperanza, caminando junto a Esteban, acompañando al grupo, le preguntó:

- ¿A dónde vamos ahora?
- Ahora hay clases. ¿No tienen clases allá de donde tú vienes?
- ¿Clases? Si, claro que hay clases. Hay por lo menos dos clases, la clase obrera y la clase parasitaria, que es la burguesía...
- No. No. Me refiero a clases. Clases de las que se hacen para enseñar...
- Ahhh... Si, hay clases de esas, pero generalmente son un poco costosas, yo intenté acceder a algunas, pero no es nada fácil, hay que mandar solicitudes,

documentos, cartas, dar pruebas, pedir de rodillas y finalmente pagar cheque tras cheque.

- ¿Cheques? ¡Por estudiar! ¿Qué delirio es ese? ¿Seguro no vienes de alguna especie de pesadilla? Te va a encantar esto entonces... Aquí todo mundo sale de cumplir sus dos horas de trabajo y se va a tomar alguna clase, no es necesario tanto papeleo. Solo tienes que asistir, participar, dar tu presente, y luego de unas semanas te entregan un certificado por el curso que realizaste. Así tenemos las paredes llenas de calificaciones...
- ¿Y no hay que pagar por eso?
- Nada. Cero. Horrible. Qué horrible sería tener que pagar por eso, ¡qué bizarro! No. No. Ni siquiera te van a pedir un documento, nada, tu asistencia y tu presencia, es lo único que importa. Si estás ahí, vas a estar aprendiendo,

y si estás aprendiendo, vas a obtener tu certificación al respecto.

- ¿Y las pruebas?
- ¿Pruebas de qué? ¿De memoria? No. No. Nada de eso. La mayor prueba es tu participación, tus intervenciones, las opiniones que viertes en las clases, son la mejor muestra de que estás aprendiendo.

Caminaron unos cuantos pasos, hasta que aquellas construcciones que se veían en el horizonte, fueron tomando la forma de una suerte de ágoras, sin techos, ni murallas, sin puertas ni ventanas. Se sentaron en una hilera, junto a una gran cantidad de gente que tenía en sus manos un cuaderno y un lápiz, hasta que apareció, no uno, sino cinco profesionales de la educación, que se pararon justo al medio del ágora y empezaron a hacer preguntas y a generar una dinámica. La

clase giraba en torno a átomos, y al funcionamiento del Universo, temáticas que Esperanza nunca había visto en la Escuela. Se hablaba con un apasionamiento, y se escuchaba, sin distracciones. La gente intervenía, comentaba, preguntaba, se reía de los chistes.

- ¿Y qué pasa si llueve?
- Si llueve no hay clases. Tampoco funciona el parque de la producción, toda actividad se detiene, para que las personas puedan estar resguardadas y no vayan a sufrir enfermedades. Hay suficiente reservas para todo, nunca llueve durante tanto tiempo.
- Eso no existe del lugar del que yo vengo, allí se trabaja hasta con nieve, aún en la cordillera, los mineros tienen que meterse en la montaña de todas maneras. Las fábricas no paran, ni las escuelas, ni las Universidades.

Nada se detiene. Es como una máquina súper-productiva, que no puede tener descanso nunca, porque los empresarios solo piensan en ganar, ganar y ganar, a como de lugar, sin importarle la enfermedad de la gente.

- ¿Empresarios? ¿Qué es eso?
- ¿Cómo que qué es eso? Ya sabes... Los dueños, los dueños de la tierra, de las empresas, de los talleres, los que mandan en las oficinas... ¡Los jefes! Los que manejan los gobiernos y te dan a elegir entre dos representantes, que aparentan ser diferentes, pero son dos tajadas de la misma torta.
- No. No. La verdad no conozco eso. Aquí no tenemos nada de eso. ¿Empresarios? Qué ridiculeces. ¿Para qué querríamos eso? ¿Y qué función cumplen?

- Realmente ninguna. Alguna vez fueron emprendedores, o al menos eso se dice, que viajaron desde Europa y se instalaron en América con sus iniciativas que crecieron, dicen. Y luego, sus hijos, los herederos, y los hijos de los hijos, se fueron quedando con todas esas fortunas, y hoy nadie sabe qué hacen. Solo gastan esas fortunas.
- ¿Y de dónde sacan esas fortunas?
- De los bolsillos de quienes trabajan. Explotan. Lo que se llama plusvalía.
- ¿Plusvalía? Vaa... ¡Qué raro! Discúlpame, no quiero despreciar tus costumbres, ni las de tu pueblo, pero ¿qué sandeces son esas? Me parece increíblemente raro y exótico. Había escuchado de gente que come gusanos, grillos, saltamontes y hasta arañas pollito y escorpiones. Pero... ¿plusvalía? Eso si que es sumamente extraño.

- Ahora que lo dices, también me parece bastante extraño, la verdad...
- ¿Y no hacen nada?
- Nada. Se despilfarran las fortunas en sus yates, y las únicas que se rebelan son las orcas, que los atacan en altamar.
- ¿Las orcas los atacan? Ja ja ja... ¡Esa si que es buena!
- Si, también se meten en submarinos que implosionan en el mar, son cosas muy locas.
- No. No. Aquí no hay nada de eso.
- ¿Y la tierra a quién le pertenece?
- ¿Cómo que a quién le pertenece? ¿Cómo le va a pertenecer a alguien la tierra? No. No. La tierra es social. La tierra es de la tierra. Le pertenece a los árboles, a los pájaros, a los animales. ¡La naturaleza es la dueña de la tierra!

- ¿Y ese parque en el que estuvimos, no tiene un dueño?
- Claro que tiene dueño. ¡Toda la gente! Toda, toda la gente. Les niños, les mayores, todo mundo es dueño, o nadie lo es, depende de cómo quieras verlo...
- ¿Y los jefes?
- ¿Jefes para qué? ¿Para qué se necesita eso?
- Me estás diciendo que tú nunca tuviste un jefe o un patrón que te maltratara...
- Ja ja ja. ¡No! Por supuesto que no. Claro que no. ¿Tú sí!?
- Sí, muchas veces.
- ¿En qué trabajas allá de donde vienes?
- Soy portera del edificio de la civilización humana.
- ¡Guau! Cuánta responsabilidad debe ser ese trabajo. ¡Muchísima!

- Si, pero ahora estoy de licencia. Es una jornada de trabajo realmente infinita.

Saltó de la caja, sintiéndose como una tonta. Creyó que lo había inventado todo. ¿Qué derecho tenía ella de soñar otros mundos? Eso era el terreno de los grandes pensadores. Marx. Alicia en el país de la maravillas. El país de las mujeres de Gioconda. Genialidades. Gente genial, escribiendo cosas geniales, recibiendo el aplauso ensordecedor de la gente, de pie, con reflectores directos hacia sus retinas y cientos de premios y reconocimientos en forma de humanitos dorados. ¿Pero ella? ¿Ella? Ella no tenía derecho a imaginar utopías. Qué descaro. Qué fuera de su sitio. Qué carente de toda posibilidad. Qué dolor de perspectiva. No podía ser. Estaba sola en su habitación, sin grupos hechos de amistades, sin enjambres de personas queridas, sin alguien a quien amar. No podía ser, literalmente, no podía ser. Ah pero la Biblia, la Biblia si, ¿verdad? La Biblia puede

inventarse un pasado, un presente y un futuro. Hombres gigantes circulando por un Paraíso de manzanas. Sujetos que viven más de ochocientos años. Bebés cortados a la mitad. Cabellos que dan la fuerza vital. Arcas. Muchas arcas. Para inundarlo todo con langostas. Mujeres pecadoras. Cuerpos del delito. Sí, pensó. Ese Dios. Ese Dios de ellos, es el que inventa el mundo. O los fanáticos de la ciencia ficción, quienes juegan con robots, que masacran a la humanidad y se liberan exterminando. Sí. Pero ¿ella? Ella no.

Se sentó en su lugar seguro en la cama y recordó las manos de Esteban cuando hablaba y se sorprendía de las anécdotas sobre su mundo. Creyó distinguir cierto sentimiento cálido, subiendo por su pecho, cambiando su composición química. Le hubiera gustado que

fuera cierto, que se tratase de una novela, como realización de los deseos, en la que pudiera ser libre, verdaderamente, sin las sujeciones de lo social, sin las sujeciones de su innombrable súper-yo. Cerró la caja y suspiró un deseo cansado. ¿Cómo iba a darse el lujo de soñar? Pidió consejo al ángel en su pieza, pero éste no contestó, decidió no aparecer justo cuando más se lo necesitaba. Tal vez fue otra cosa que ella inventó, pensó. Otro producto de su imaginación imposible. Aquello que sucede cuando la salud mental nos juega una mala pasada. ¡Estoy loca!, se dijo a sí misma. Loca. Loca. Loquísima. Digna de electroshock. Que le amarren ya brazos y piernas, y le metan un trozo de madera envuelta en tela en la boca, para que lo muerda por el dolor. Y que posen dos fierros sobre sus cienes, hasta que con la corriente se olvide de todo. Corriente. Corriente para olvidar. Corriente

para dejar de ser quien era, y convertirse en otra cosa, algo más parecido a ellos, algo más silencioso, más quieto, algo sin necesidad. ¡Que arranquen sus necesidades con electroshock, como le hicieron a Sylvia Plath! Y le quiten la capacidad de imaginar, porque ella no puede, ella no debe, ella no está. Un sudor frío le bajó por la mejilla, hasta llegar a su cuello. Terror.

No le preguntó su nombre. Pensó. ¡No le preguntó el nombre! Fue tan amable, la hizo pasar, le mostró su mundo, le dio la oportunidad de estampar la tela y luego de asistir a una clase, junto al grupo, junto a Esteban, y simplemente, no le preguntó cómo se llamaba. Qué descortés. Qué desconsiderada. ¿En qué Universo se tiene semejantes modales? Tenía que volver. No podía quedar así. Sin haberle preguntado por su identidad. Abrió una de las aletas de la caja, luego la otra, y ya para cuando abrió la tercera, el cielo salió desde adentro, proyectando su luz. Metió sus pies, hasta que su cuerpo entero volvió a pisar el suelo verde. Se encontró codo a codo con Esteban.

- ¿Dónde estabas? Nos preocupamos. Te estuvimos buscando por todas partes.

- ¿Cómo se llama, la muchacha que me recibió?
- ¿Camila?
- ¿Camila se llama?
- Si, Camila fue quien te recibió, que te trajo hasta el parque...
- ¡Camila! Es que no le había preguntado su nombre, y me pareció tan importante saberlo.
- Claro, no es menor. Ahora ya lo sabes, Camila. ¿Estás bien?

Las manos de Esteban rozaban las de Esperanza. Tenía la piel tan suave, tan cálida. Como si en la ternura de su piel pudiera expresarse su personalidad. Se tiraba el pelo negro hacia atrás, en un movimiento de cabeza frenético, sus ojos eran tan grandes, que predominaban en el conjunto de su cara y su nariz, extrañamente pequeña. La sonrisa perfecta. Brillaba a lo lejos,

compitiendo contra el sol. Tal vez ganándole. Usaba una camisa con pequeñas piñas que flotaban en el universo de su cuerpo. Y una bermuda, con cierres y bolsillos más allá de lo necesario. Al aire quedaban las pantorrillas, duras como si bajara y subiera montañas a diario, una parte secreta que a Esperanza le atraía, sin voluntad. En los pies, unos zapatos extraños, de un material que no pudo identificar, pero definitivamente no era cuero.

Siguió sintiendo cómo sus dedos, tocaban sus manos, la parte baja de sus brazos, de una manera muy sutil, que disfrutaba. Ella también intentaba tocarlo, tan despacio como podía, casi rozando, casi suspendida. El sentimiento adentro de su cuerpo se intensificaba. ¿Alguien conoce el amor? Ese líquido que se mueve en el interior, que sube y que baja, se expande, hasta invadir todos

los rincones. Igual que un emperador, buscando dominar hasta el más lejano de los pueblos. El amor es un tirano que intenta quedarse con todos los poderes. Se lo puede derrocar. O se le puede dar rienda suelta para que construya su dinastía. Esperanza pensó en dejarlo correr. Dejarlo subir por sus huesos, hasta sus costillas, empapar órganos y centros, periferias y dedos. Hasta detener el corazón. ¿Estaría sintiendo él, las mismas sensaciones? Porque lo que no es recíproco merece perecer. Se estiró hacia él, y le dio un abrazo tierno, que duró más minutos de lo que se acostumbra. “*Gracias por buscarme*”, le dijo. “*Gracias por dejar que te encuentre*”, le contestó él.

Volvieron a fusionarse con el grupo entero. Camila también abrazó a Esperanza, y le dijo que la habían estado buscando. Ella sonrió. Sintió que había gente que se preocupaba, que la quería, incluso conociéndola desde hace tan poco tiempo. ¿Se puede querer a alguien que se acaba de conocer? Como un flechazo de la amistad. Como el cupido de las buenas amigas. Caminaron durante quince o veinte minutos, hasta que vieron una pantalla totalmente plana, que salía desde la tierra, y parecía llegar hasta el cielo. La resolución era increíble. Mejor que la realidad misma. Estaban transmitiendo una película que ella nunca vio, no era de monstruos ni de seres del espacio, nada fantástico, era más bien parecida a una telenovela, con personajes que tienen conflictos y lo solucionan tarde o temprano. Se sentaron, en la misma hilera que hicieron en el ágora, y se pusieron a ver la película. Cada chiste hacía que

el público entero se riera, y cada momento dramático, soltaba suspiros y lágrimas en el auditorio. Daba la sensación de que estaban fusionados en el sentimiento. No vio a nadie pagando la entrada, ni vio paredes que atravesar con un boleto. Alguien trajo un balde de palomitas de maíz, y se pusieron a masticar, estirando las manos hasta el centro del balde. ¿Podía ser? ¿Que ella al fin perteneciera? Que se sintiera cómoda, feliz, y la ansiedad que la había acompañado, por fin desapareciera. Sus piernas no temblaban y no sentía esa inquietud de tener que estar en alguna otra parte. ¿A dónde tendrías que ir, Esperanza, si estabas en el sitio indicado? La temperatura no bajaba y no hacía frío. El clima es buen amigo de quienes no destruyen la tierra. Al no verse alfombras de pavimento por ningún lado, seguramente no se inundaba y la lluvia no generaba grandes destrozos, ni alcantarillas rotas.

¡Qué buena película! Llena de reflexiones sobre la voluntad, el saber, los deseos humanos. Y ese aroma... Ese olor a derechos conquistados.

¿Para qué volver? A su habitación, que poco a poco sufriría el descascarado del reloj. ¿Por qué no quedarse? Después de todo, la caja parecía más el otro sitio. Libertad era cielo. Un cielo al que no hacía falta temer. Un cielo al cual, al fin, ella también podía entrar. No se necesitaba un carnet. Pensamiento seguido, se le presentaron las dudas y temores. ¿Y si de pronto comenzaba a llover ácido? ¿Y si estaban en una guerra fratricida, y no le habían dicho nada? ¿Y si Libertad estaba construida sobre esqueletos? Pero no había huesos en esa tierra, ni lluvias metálicas, ni microplásticos en la sopa. El ángel de la contradicción o de la necesidad, no parecía habitar aquel sitio inhóspito. O al menos, no se le veía por ningún

lado, batiendo sus alas de queja. El sol se puso sobre el horizonte y se fue, no importaba, porque ahora la sonrisa de Esteban, se encargaba de iluminar el sitio aquel. Sensación de calidez.

El sueño se posó sobre sus párpados. La hora de dormir se hizo evidente, y Esperanza no sabía si tendría que volver a su cama, tan conocida, tan familiar, a sus sábanas reconfortantes, o si por el contrario, podría dormir allí. Mientras pensaba en ello, con la panza llena de palomitas de maíz, y se dejaba abrazar por el cansancio, fue invitada a dormir bajo las estrellas. Caminaron cruzando el parque, hasta llegar a los pies de la chimenea cuyo humo seguía saliendo transparente, en donde Esteban tocó un botón, que abrió camas, ya hechas, sobre la superficie de la tierra y un aire, caliente, empezó a salir de entre las mantas, alejando a cualquier insecto y temperando la zona completa. Se recostaron mirando el cielo, que ya se teñía de estrellas. Esteban se recostó junto a ella.

- ¿Vas a volver a irte por la mañana?

- No, claro que no. Pretendo desayunar con ustedes...
- Hay un comedor, muy cerca, al que solemos ir, bueno, al que va toda la gente...
- ¿No tienen la costumbre de cocinar, tener, sus propias cocinas, refrigeradores, hornos eléctricos?
- No, no, nada de eso. Hay un comedor, y el que tiene hambre, asiste, a cualquier hora del día, tienen un variado menú, con platos del mundo, desde tacos hasta sushi. Cada quien decide qué comer, acorde a su apetito.
- Y déjame adivinar... ¡Es gratis!
- Claro que es gratis... No, no, no... No me digas que allá de donde vienes, ¿pagan por la comida?!
- Mejor ni te cuento...
- ¿Y las lavadoras, las secadoras, el resto de electrodomésticos?

- Obviamente hay un lavadero, enorme, que con un solo botón, se encargan de todo ese trabajo pesado, desgastante. ¿Quién querría pasarse el día lavando calzones y calcetines?
- No quiero ni preguntar por otras cosas... No creo por ejemplo, o mejor dicho, no he visto que tengan, Iglesias... curas, párrocos, catequesis, vírgenes, estampitas, peregrinaciones... ¿cómo se llama esto otro?
¡Ostias!
- ¡¿Ostias?! No, no, no, nada de ostias.
- Entonces, ¿puedo quedarme aquí?
- Puedes quedarte aquí para siempre.

